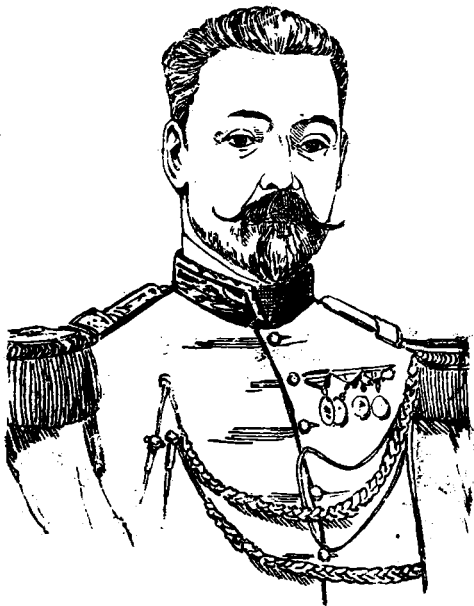


La Revolución de Buenos Aires

DE 1890



General Manuel J. Campos

LUIS MAUCCI y Cia., editores - Buenos Aires



Presidente Dr. Carlos Pellegrini

LA REVOLUCION
DE
BUENOS AIRES

Narracion de los acontecimientos

DE LOS DIAS

26, 27, 28 y 29 de Julio de 1890

POR

ARTURO MIGUEL DE GUTIERREZ

CUARTA EDICION

BUENOS AIRES

LUIS MAUCCI Y COMPAÑIA
EDITORES

1276, Calle General Lavalle, 1276

1890

LA REVOLUCION
DE
BUENOS AIRES

Soy de
Cristina L. de Marmol

INTRODUCCION

Las pasiones políticas, casi siempre tan exageradas como engañosas, produjeron al fin su crisis.

El presidente de la República calificó el hecho de «movimiento revolucionario» contra las autoridades constituidas; pero bien analizadas las circunstancias en que se han producido y estudiados tranquilamente sus caracteres determinantes, mas cierto y verdadero es calificarlo de sublevacion contra el gobierno legal, porque su fuerza positiva, por débil que haya resultado, ha consistido en la defeccion de una parte del ejército puesto al servicio de un bando político que, como todos los bandos políticos, se atribuia con entusiasta obstinacion la representacion del pueblo.

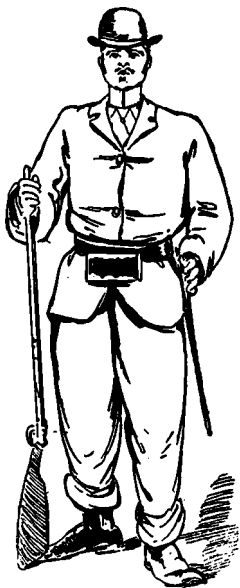
No es nuestro ánimo incriminar á los autores y cómplices de la sublevacion. La conciencia individual de cada ciudadano estará haciendo ó habrá hecho su alquimia moral sobre los hechos sobre sus antecedentes y consecuencias, deduciendo las reflexiones á que ellos dan necesariamente lugar.

La razon pública se impone sobre la triste escena de los sucesos y edifica la enseñanza nacional con una nueva y durísima experiencia.

Espectáculos como el que acabamos de presenciar suscitan indudablemente la admiracion de todos, por el arrojo, el valor civico y la abnegacion demostrada á todas pruebas en la refriega. Pueblo de valientes, raza templada en las tradiciones del sacrificio, sus luchas rayan siempre en las alturas del heroismo y sobrepujan todo lo que la imaginacion puede concebir.

Desgraciadamente, á la par del heroismo desplegado se han producido hechos inescusables y que condenamos sin ambages, en nombre de los sentimientos humanitarios completamente hollados y de los principios del derecho de gentes.

El bombardeo de la ciudad no tiene explicacion racional, ni aun dentro del plan mas violento de ataque. No acabamos de comprender que se haya realizado sinó por un extravio extremo de la sublevacion. Felizmente no han sido considerables los destrozos producidos; pero esta circunstancia no atenúa la accion ni podría jamás justificarla.



En la Plaza General Lavalle.—Tipo de voluntario
de la Union Cívica

La ocupacion del Parque de artilleria por los revolucionarios

En la noche del viernes, la junta directiva del comité central de la Union Cívica comunicó á sus miembros que se habia resuelto que estallara el movimiento revolucionario en la madrugada próxima.

La precipitacion de los sucesos impide á la mayoria el conocer esta noticia en tiempo oportuno para acudir á la cita dada por el comité central, y los ciudadanos llegan por eso dispersos y en escaso número al Parque de artilleria, donde las tropas sublevadas se encuentran acantonadas antes del alba.

El batallon 5º de infanteria, mandado por el comandante José M. Ruiz y por el segundo jefe Félix Bravo, se posesiona del Parte á las cuatro de la mañana matando al capitán Manzano que al mando de una compañía hace la guardia y se resiste á entregarse.

El coronel Mariano Espina, á la cabeza del 9º de infanteria y de toda su oficialidad, penetra poco despues en el Parque.

En breve presentase tambien en el mismo sitio el capitán Desiderio Rosas y Racedo, al mando del batallon 10 de infanteria y de una parte de la oficialidad.

El batallon de ingenieros y el 1º de artilleria, con 13 piezas y sublevado por los capitanes Gonzalez y Fernandez, toman posesiones en la plaza General Lavalle, incorporándose á las fuerzas de la Revolucion, que á las 6 de la mañana se encuentran completamente organizadas y en actitud ofensiva.

La junta revolucionaria, formada por los Dres Alem, Del Valle, De Maria, Goyena, Lucio V. Lopez y Juan José Romero, se halla ya instalada en el departamento de entrada del parque de artilleria, entrega al general Manuel Campos

el mando militar de las fuerzas, lanza su primer manifiesto, firma sus primeros decretos e indica á los particulares que llegan en pequeños grupos el puesto que han de ocupar.



General M. J. Campos

La Proclama Revolucionaria

Al Pueblo de la República

«Conocemos y medimos la responsabilidad que asumimos ante el pueblo de la nación; hemos pensado en los sacrificios que demanda, movimiento en el que se compromete la tranquilidad pública y la vida misma de muchos de

nuestros conciudadanos; pero el consejo de patriotas ilustres, de los grandes varones, de hombres de bien de todas las clases sociales, de todos los partidos, el voto intimo de las provincias oprimidas, hasta el sentimiento de los residentes extranjeros, nos empuja á la accion y sabemos que la opinion pública bendice y aclama nuestro esfuerzo, sean cuales fueren los sacrificios que demande.

«El movimiento revolucionario de este dia, no es la obra de un partido político. Esencialmente popular é impersonal, no obedece ni responde á las ambiciones de círculo ú hombre público alguno. No derrocamos el gobierno para separar hombres y sustituirlos en el mando; lo derrocamos porque no existe en la forma constitucional; lo derrocamos para devolverlo al pueblo á fin de que el pueblo lo reconstituya sobre la base de la voluntad nacional y con la dignidad de otros tiempos, destruyendo esta ominosa oligarquia de advenedizos que ha deshonrado ante propios y estraños las instituciones de la República.

«El único autor de esta revolucion, de este movimiento sin caudillo, profundamente nacional, larga, impaciente esperada, es el pueblo de Buenos Aires, que fiel á sus tradiciones reproduce en la historia una nueva evolucion regeneradora que esperan anhelosas todas las provincias argentinas.

«El ejército nacional comparte con el pueblo las glorias de este dia; sus armas se alzan para garantir el ejercicio de las instituciones. El soldado argentino es hoy dia como siempre el defensor del pueblo, la columna mas firme de la Constitucion, la garantia sólida de la paz y de la libertad de la República. La Constitucion la ley suprema de la Nacion, es tanto como la bandera, y el soldado argentino que la dejara perecer sin prestarle su brazo, alegando la obediencia pasiva, no seria un ciudadano

armado de un pueblo libre sino el instrumento ó el cómplice de un déspota.

El ejército no mancha su bandera ni su honor militar, ni su bravura, ni su fama con un motin de cuartel. Sus soldados, sus oficiales, sus jefes ha debido cooperar, han cooperado á este movimiento por la causa del pueblo es la causa de todos; es la causa de los ciudadanos y del ejército, por que la patria está en peligro de perecer y por que es necesario salvarla de la catástrofe.

«Su intervencion contendrá la anarquia é impedirá desórdenes, garantizará la paz. Esa es su mision constitucional y no la tarea oscura, poco honrosa de servir de gendarmeria urbana para sofocar las libertades públicas.

«El período de la revolucion será transitorio y breve; no durará sino el tiempo indispensable para que el país organice constitucionalmente el gobierno revolucionario: y se efectúe la eleccion de tal manera que no se suscite ni la sospecha de que la voluntad nacional haya podido ser sorprendida subyugada ó defraudada. El elegido para el mando supremo de la nacion será el ciudadano que cuente con mayoria de sufragios en comicios pacíficos y libres, y únicamente quedarán escludos como candidatos los miembros del gobierno revolucionario que expotáneamente ofrecen al país esta garantia de su imparcialidad y la pureza de sus propósitos.»

Por la junta revolucionaria—*L. N. Alem.*—*A. del Valle.*—*M. Demaria.*—*M. Goyena.* *Juan José Romero.*—*Lucio V. Lopez.*

Buenos Aires, 26 de Julio de 1890.—El Gobierno revolucionario decreta:

Art. 1º Movilízese la Guardia Nacional de la Capital.

Art. 2º De los ciudadanos que se encuen-

tren actualmente en el Parque de Artillería, se formarán dos batallones, el primero bajo el mando del comandante Joaquín Montaña; y el segundo bajo el mando del ciudadano Pedro Campos.

Art. 3º Nómbrase 2º jefe del 1º batallón al sargento mayor Domingo Rebuncion; y 2º jefe del 2º batallón al capitán Nicolás Menéndez.

Art. 4º Publíquese, etc.

LEANDRO N. ALEM

Miguel Goyena—Juan José Romero

Buenos Aires, 26 de Julio de 1890.—El Gobierno revolucionario decreta:

Art. 1º Nombrase Jefe de policía de la Capital al ciudadano Hipólito Irigoyen.

Art. 2º Publíquese etc.

LEANDRO N. ALEM

Miguel Goyena—Juan José Romero.

Como tuvo el Presidente noticias de la Revolucion

La guardia de la Cárcel Correccional la hacia el Batallón de Ingenieros que comandaba el Comandante Casariego—y es empleado en ese Establecimiento el padre del Comisario Hernandez que tiene a su cargo la Comisaria de Policia situada al lado de la casa particular del Presidente de la República.

Como á las 2 de la mañana del Sábado el piquete de guardia en la Cárcel Correccional se retiró á su cuartel.

Lo notó el padre del comisario Hernandez y como interrogase al respecto al Jefe del piquete, este le dijo, bajando la voz y en tono; cariñoso tengo necesidad de retirarme temprano esta noche; debo asistir á una cita; de todos modos me relevaran pronto,—y nadie va á perjudi-

carse por mi ausencia. Y se retiró creyendo dejar muy tranquilo y satisfecho á su interlocutor.

Meditó un largo rato sobre el incidente, el padre del Comisario Hernandez,—y pronto se dijo: «Yo soy viejo y puedo no entender bien estas cosas.

Será mejor que avise lo que ocurre á mi hijo, y el hará el uso que quiera de esto.

Se dirigió á casa de su hijo que se hallaba en la calle de Brasil á la altura de Bolívar de donde salió á esa hora el Comisario Hernandez, á pié y se dirigió á su comisaria.

Pasó por la plaza de la Victoria, donde tomó un coche.

Se aproximó á la casa de Gobierno donde un piquete del 4 de línea hacia la guardia, y preguntó por esta.

Se le contestó que se había retirado á su cuartel y que aun no había llegado el relevo.

«Malo—se dijo el Comisario Hernandez—aquí hay gato encerrado»—y se dirigió á casa del Presidente ó á su Comisaria que quedaba al lado.

Al llegar sintió un breve tiroteo hácia la Plaza del Parque y señales de luces que se levantaban á gran altura, que anunciaban sin duda á la Escuadra lo que ocurría.

Entró en casa del doctor Juárez Celman y consiguió hablar inmediatamente con este y con su hermano Marcos.

Les comunicó lo que ocurría y el temor que le asaltaba de que se hubiese producido una sublevación de la tropa.

Al mismo tiempo la Comisaria 1ª recibía un telegrama del Coronel Capdevila comunicando la noticia de la sublevación y de que el Gral. Levalle con una parte de su fuerzas se retiraba al Retiro para hacer de este cuartel centro de defensa.

Ya no se tuvo duda de lo que pasaba, y en el mismo coche que había conducido al Comisario Hernandez, el Presidente y don Marcos

se dirigieron al Retiro, al mismo tiempo que daban aviso á los ministros de lo que ocurría, para que hicieran lo mismo.

Estado de sitio

«Habiendo estallado en esta Capital un movimiento revolucionario con el propósito de derrocar las autoridades constituidas, el Presidente de la República.

DECRETA

Art. 1º Declárese en estado de sitio todo el territorio de la República.

Art. 2º Movilízese la guardia nacional de la Provincia de Buenos Aires, Santa-Fé, Entre-Ríos y Córdoba.

Art. 3º Comuníquese, publíquese, etc.

MIGUEL JUAREZ CELMAN—*Salustiano J. Zavalia, Roque Saenz Peña—Juan Agustín García—José M. Astigueta—Nicolás Levalle.*

Juzgamos conveniente recordar los artículos siguientes de la Constitución Nacional.

Art. 14 Todos los habitantes de la Nación gozan de los siguientes derechos, conforme á las leyes que reglamenten su ejercicio: á saber: de trabajar y ejercer toda industria lícita; de navegar y comerciar, de peticionar á las autoridades; de entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino; *de publicar sus ideas por la prensa SIN CENSURA PRÉVIA*; de usar y disponer de su propiedad; fines útiles; de profesar libremente su culto; de enseñar y aprender.

Art. 86 (Inciso 19) Declara el Presidente de la República en estado de sitio uno ó varios puntos de la Nación en caso de ataque exterior y por un término limitado con acuerdo del Senado. En caso de conmoción interior solo tiene esta facultad cuando el Congreso está en receso, porque es atribución que corresponde á este cuerpo. El Presidente la ejerce con las limitaciones prescritas en el art. 23.

Art. 23 En caso de conmoción interior ó de ataque exterior que ponga en peligro el ejercicio

de esta Constitucion y de las autoridades creadas por ella, se declara en estado de sitio la Provincia ó territorio en donde exista la perturbacion del órden, quedando suspensas allí las garantías constitucionales. Pero durante esta suspension no podrá el Presidente de la República condenar por sí ni aplicar penas. Su poder se limitará en tal caso respecto de las personas á arrestarlas ó trasladarlas de un punto á otro de la Nacion, si ellas no prefiriesen salir fuera del territorio argentino.

El presidente de la República al pueblo de La Capital

«Los eternos enemigos de la paz de la República acaban de dar un nuevo escándalo sublevando dos batallones del ejército de guarnicion en esta capital.

«El resto del ejército permanece fiel á su deber, y yo me encuentro en medio de él acompañado de mis ministros y del vice-presidente de la República.

«El pueblo no responde á esta criminal aventura de unos pocos insensatos, que será en breve dominada con los poderosos elementos que el gobierno tiene á su disposicion en la capital y en toda la República.

«Conciudadanos, la palabra de vuestro primer magistrado se hace oír en estos momentos solemnes, sin odio y sin rencores, inspirado por el sentimiento del deber y del patriotismo, para exhortaros á rodear á vuestro presidente y sostener la autoridad constituida.

«En ello va la salvacion de la República amenazada por un motin de cuartel que no puede encontrar éco en el corazon de los buenos argentinos.

MIGUEL JUAREZ CELMAN.

En el Retiro hasta las 11 a. m. del 27.

El general Levalle concurrió desde el primer momento al cuartel del Retiro.

La fuerza de línea allí existente era escasa en las primeras horas, y pronto comprendió aquel que su espíritu no debía ser del todo muy satisfactorio, como que comprendía esa fuerza que tenía del otro lado á sus compañeros de armas y una causa prestigiosa.

El general Levalle no se desanimó por eso, y redobló su actividad y su energía, acercándose á cada compañía para hablarla y animarla reco-

mendando sus deberes para con su bandera y su causa, y para asegurarles que en dos horas todo iba á quedar tranquilo y el triunfo en sus manos.

Era el momento mas crítico como se comprende, por la escasez con que á primera vista se presentaban los elementos del Gobierno, y por las incertidumbres y dudas en que aparecia envuelta la suerte del Gobierno.

Levalle lo comprendió así, y se levantó á la altura de las circunstancias.

El coronel Capdevila en dos horas reunió mas de 1400 vigilantes y vestido de gran parada se puso á la cabeza de ellos, pasando por la plaza de la Victoria y llegando por 25 de Mayo al Retiro, donde se hallaba el Presidente ante quien hizo desfilar sus gendarmes que vivaron á éste, para ocupar luego el sitio que les designó el jefe de la plaza.

Luego empezaron á llegar otros funcionarios y personas adictas al Gobierno, resintiéndose todo hasta la hora indicada, de falta de organizacion y de entusiasmo.

Pronto se decidió la salida del doctor Roque Saenz Peña para el Rosario y la de don Márcos Juárez para Córdoba.

De 11 á 12 el Presidente de la República acompañado de los señores Cárcano, Zavalia, Pardo, Gil, Astigueta y un maestro de música, Sr. Fabié, salieron por un costado del cuartel del Retiro, tomaron el tren y se dirigieron á San Martín.

Quedaba la plaza al mando del general Levalle, Dr. Pellegrini y general Roca, quienes se dividieron la tarea, manteniéndose en constante comunicacion, de la defensa del gobierno.

La accion de guerra

Sin perjuicio de los pormenores que en esta estensa crónica damos sobre los sucesos sangrien-

tos de estos días—reproducimos en seguida la reseña que «SUD-AMERICA» hace de la acción de guerra, diciendo:

El orden evolutivo de todos los números ha sido el siguiente:

Sábado 26—A las 4 de la mañana.

Sublevación de los cuerpos.

El batallón 5º de infantería dirigido por su comandante José María Ruiz el segundo comandante Félix Bravo con toda la oficialidad se presentan al Parque de Artillería donde había de guarnición una compañía del mismo 5º al mando del capitán Manzano.

Se le intima á este la rendición, pero el capitán, verdadero militar, resiste á la intimación por lo cual es muerto en el acto, penetrando en seguida el 5º al Parque á donde fueron llegando los gefes y cabecillas de la Unión Cívica. "

En un corto intervalo entran también al Parque los demás cuerpos amotinados, en el orden siguiente:

Batallón 9º de infantería mandado por sus mismos gefes coronel Mariano Espina, teniente coronel José García, mayor Mon y toda la oficialidad completa.

Batallón 10 de infantería sublevado y comandado por el capitán Desiderio Rosas y Racedo, con parte de la oficialidad.

Batallón de ingenieros comandado por un oficial.

Regimiento 1º de artillería sublevado y comandado por los capitanes González y Fernández. Llevaba el regimiento 13 piezas de artillería.

En el acto de la sublevación se encontraban ausentes los gefes coronel Gil y comandante Rams.

Después de pasados los primeros momentos de organización todos estos cuerpos tomaron posiciones en la plaza General Lavalle antes de las seis a. m.

La plaza fué artillada con toda proligilidad.

A las 5,30 p. m. — El Presidente de la República escoltado por el 2º de infantería y el cuerpo de bomberos al mando del comandante Calaza, se traslada al cuartel de el Retiro que ya estaba ocupado por el regimiento 6º de caballería, fiel al Gobierno Nacional.

En el Retiro ya se hallaba el señor Ministro de la Guerra, general D. Nicolás Levalle, teniendo por ayudantes á los comandantes Malarin, Vila, Yañez y Olivero.

A las 6 a. m. — Se les incorpora el ayudante general coronel Sócrates Anaya.

A las 7 a. m. — El mayor Coquet se presenta comunicando que el general Suspisiche se dirige al cuartel de Artillería en Palermo á la cabeza del regimiento 11 de caballería con su jefe el coronel Leyria y el jefe de día coronel Diaz.

El coronel Anaya, cumpliendo las órdenes del señor Ministro de la Guerra se traslada inmediatamente á Palermo donde trasmite la orden del señor Ministro de que el 11 de caballería vaya á reconcentrarse al Retiro, lo que se ejecuta al punto.

A las 7.30 a. m. se presenta el coronel Palacios con el batallón 4º de infantería mandado por el teniente coronel D. Jorge Reyes y el 6º de la misma arma, mandado por el teniente coronel Parkinson.

Después de establecido un servicio de vigilancia y seguridad completo en las avenidas que convergen al Retiro, el señor Ministro de la Guerra ordena la formación de todos los cuerpos en columna en masa en el orden siguiente:

Batallones 2º, 4º y 6º de infantería.

Cuerpo de Bomberos y un cuerpo de vigilantes al mando del comandante Smith (comisario de la Sección 17.)

El Ministro de la Guerra pronuncia una patriótica y elocuente arenga, incitando á los soldados al cumplimiento de su deber defendiendo el honor nacional al amparo de la bandera de la patria.



Terminada la arenga, la columna se pone en marcha á paso de carga, por la calle Santa Fé hasta Cerrito donde se detiene para dar paso al regimiento 11 de caballería que á gran galope viene por ésta última calle desde Juncal á posesionarse de la plaza Libertad sobre la calle Charcas.

El general Levalle con el Vice-Presidente de la República y un gran estado mayor compuesto del general Suspisiche, coronel Anaya, tenientes coroneles Malarin, Villa Mayer, Coquet y otros, á la cabeza de la columna, al acorde de las marchas militares á paso redoblado, se dirige por la calle Cerrito á la plaza Libertad.

Al hallarse entre Charcas y Santa Fé reciben la primera descarga de artillería, y despues de ésta, otras mas nutridas de la batería revolucionaria situada entre Lavalle y Tucuman.

Se le hace así mismo descargas de fusilería de varios cantones de revoltosos y particularmente del establecido en los altos de la casa del Sr. Calvo, situados en la referida calle.

La columna entonces y en vista del fuego terrible que se hace, marcha de plano á paso al trote á la plaza, llegando allí solamente el 2º y el 4º de infantería que forman en seguida en línea de batalla para contestar con energía los fuegos, sosteniéndolos 15 minutos, avanzando luego hasta ocupar la acera de la calle Paraguay.

Se procede á la perforacion de algunos edificios, en cuyas azoteas acantonaron parte de las fuerzas del 4º de infantería con los coroneles Palacios y Chena á la cabeza.

Entre tanto el batallon 6º de infantería, el cuerpo de bomberos y el de vigilantes que no pueden continuar por Cerrito se establecen en Santa Fé, entre Libertad y Cerrito.

El coronel Anaya incorpora todas las fuerzas y reunidos todos los cuerpos manda tocar el Himno Nacional Argentino por todas las bandas de música, presentando sus armas en gloria á la primera posicion tomada.

Simultáneamente el coronel Capdevila se posesiona de la calle Artes para poder con las fuerzas de policía hacer los cantones necesarios para establecer el cerco á los sediciosos.

SEGUNDO MOMENTO.

Teniéndose conocimiento que el batallon 8º de

infantería, fiel al gobierno permanecía en su cuartel, el coronel Ayala es comisionado por el Ministro de la Guerra para dirigir su incorporación á las fuerzas que pelean.

El jefe de este cuerpo comandante Belaunde, habia recibido una orden firmada por el doctor Alem, comunicándole haber asumido la direccion del gobierno provisorio revolucionario é invitándolo á adherirse á su causa ó someterse, en caso contrario, seria declarado traidor á la patria.

Este cuerpo que no quiso traicionar al Gobierno nacional, llegó á las 2.20 p. m. á la plaza, conduciendo á mas de su mision 100,000 tiros de reserva que el coronel Anaya sacó del arsenal de guerra.

Al acercarse el coronel Capdevila á dar cuenta al Ministro de la Guerra de las posiciones tomadas en el momento que se comenzaba un fuego vivísimo, es herido en una pierna pereciendo víctima de otra bala el caballo que montaba el general Levalle.

A las 2.30 p. m. los revolucionarios empiezan por la calle Uruguay y Paraguay á dirigir fuegos certeros sobre las tropas nacionales.

El jefe 2º de infantería recibe orden de repetir el ataque con su batallon, lo que hace en el acto dominando la calle Talcahuano.

A las 3.30 p. m. se incorpora á las órdenes del Ministro de la Guerra el regimiento de artillería de costas mandado por sus gefes comandante Carlos Sarmiento y mayor Eduardo Martinez, despues de un rápido viaje desde Zarate.

Desde la ocupacion de la plaza Libertad hasta las 5 p. m. el combate de posiciones se mantiene récio con ligeras intermitencias.

Por la noche se trabajó diligentemente en el establecimiento de nuevos cantones en las posiciones mas elevadas para dominar los cantones enemigos así como el Parque.

El coronel Félix Benavidez cumplió valiente-

mente con la comision de sacar 400,000 tiros que quedaban depositados en el Arsenal de Guerra.

Dos piezas de artilleria Krupp, de 7, 5 y dos ametralladoras Nordenfeld sacadas del Colegio Militar, se colocaron en las boca-calles de Cerrito y Paraguay y de Paraguay y Libertad al mando del comandante Morallo.

El comandante Malarin, de la cañonera «República» anclada en la dársena Sud trajo cuatro piezas de artilleria que llegaron á la Plaza Libertad á las 7 p. m.

Toda la noche récio tiroteo en la línea de cantones.

El regimiento 6º de caballeria que quedó al moverse la columna del Retiro, cuidando al Presidente de la República, como tambien los alumnos del Colegio Militar de Palermo y Escuela de Cabos y Sargentos, concurren al refuerzo de la guarnicion de la plaza Libertad á las 6 p. m.

—

DOMINGO 27—Antes de las 5 a. m. en que se tocó diana, la tropa fué racionada con una buena copa de cognac por plaza, en razon de haber pasado la noche sobre las armas.

Apenas clareó el dia los amotinados reanudaron el combate que con ardor, decision y valentia contestaron las tropas fieles al Gobierno de la Nacion, en toda la línea sosteniéndose éste hasta que los revolucionarios solicitaron su suspension enviándolè luego al Dr. Aristóbulo del Valle como parlamentario á objeto de pedir una trégua para poder entrar en negociaciones á la vez que recojer los muertos y atender á los heridos.

La trégua fué concedida por el vice-Presidente Dr. Pellegrini con el acuerdo del general Levalle.

En este instante tuvo lugar el bombardeo de la escuadra cuya relacion está en otro lugar.

Las fuerzas recibieron su racionamiento abundante de carne, pan, vino, café, azúcar y leña.

La Plaza Libertad llena de fogones — un verdadero campamento.

A pesar del armisticio las tropas permanecieron sobre las armas hasta que como se puede ver en otro lugar los revoltosos se entregaron con armas y bagajes.

El capitán Antonio Torres con algunos soldados y varios particulares desde el primer momento se presentó al cuartel del Retiro, peleando más tarde valientemente.

Carta de un miembro de la Union Cívica

NUEVOS DETALLES DE LA REVOLUCION

Habla un miembro de la Union Cívica.

«Hace algun tiempo se me habló de si me hallaría dispuesto á entrar en un movimiento revolucionario tendente á cambiar el órden actual.

Como Vd. sabe he sido un ardiente partidario de la Union Cívica y contesté afirmativamente.

Inmediatamente me puse en relacion con el Dr. . . . jefe de un grupo y cuyas órdenes debía obedecer.

Tomóseme palabra de callar lo que ocurría y de concurrir diariamente al local del Comité á recibir órdenes.

Supe despues que diversos grupos se habian formado en igualdad de condiciones al nuestro.

El Sabado 19 debió tener lugar el pronunciamiento, pero la prision de Campos, Figueroa, etc., motivada por la declaracion de Palma, obligó á aplazar el movimiento.

El Mártes, 22 concurrimos nuevamente armados de revólvers, y comunicósenos por los gefes que no habia nada, que la cosa se aplazaba indefinidamente y que los grupos quedaban disueltos y cada cual hacer lo que quisiera.

Siendo yo uno de los miembros que con mas asiduidad concurría al local de la Union Cívica y estando en estos antecedentes, noté en la tarde del Viérnes un movimiento inusitado en los salones del Comité.

Apercibimos que la gente que llevaba la direccion en estos asuntos, entraba y salía apresuradamente al local de reuniones.

Acerquéme entonces á mi antiguo jefe y éste me dijo no haber nada; hablé despues con varios gefes y me aseguraron lo mismo; solo uno me dijo, «si quiere véngase esta noche y puede ser que haya algo».

Así lo hice, comunicándoseme á las 6 p. m. que era esa noche la revolucion y que debía hallarme á las 2 p. m. en casa del Dr. . . . uno de los miembros del comité revolucionario, y de donde debíamos partir, para el punto que se me comunicaria.

Esa noche cenamos algunos amigos en la «Maison Georges» entre otros se hallaban allí los miembros de la redaccion de «El Argentino» con su director á la cabeza y bebieron champagne, brindando por el éxito de la causa.

A las 3 p. m. y antes de irme al punto de cita estuve en el Comité, este se encontraba con la puerta abierta y gas en la escalera, dos coches á la puerta, todas las habitaciones á oscuras y los postigos cerrados, dos sirvientes del Comité se encontraban en la parte alta de la escalera, fijándose en los que entraban.

En una pieza del segundo patio, se encontraban el Dr. Alem, Dr. Lucio V. Lopez, Dr. Mariano Demaria, Sr. Miguel Goyena, Dr. Lilledal y algunos otros.

Supe despues que siendo las 2,30 a. m. se habia presentado un sugeto que formaba parte de un grupo reunido en el Oeste de la ciudad y que habia sido descubierto por la Policia, quien los habia reducido á prision logrando éste escaparse.

Pocos momentos despues de las 2 a. m. me encontraba en el lugar convenido y supe allí que el Dr. Del Valle acompañado por dos oficiales debía partir á las 3 a. m. para Palermo, de donde debia de venir con el Regimiento de Artilleria y algunos cadetes.

A las 3.30 p. m. nos pusimos en marcha en pequeños grupos y por diversas calles.

Nosotros eramos cuatro: dos caminábamos por una vereda y á unas 50 varas de distancia y por la otra marchaban los otros dos; así llegamos á la plaza Lavalle sin que nadie se apercibiera de nosotros; el único encuentro que tuvimos fué el del coronel Morales que pasó embozado y sin saludar.

Momentos antes de las 4. a. m. y previa una vuelta por la esquina de Lavalle y Talcahuano nos acercamos á la puerta de la casa del General Viejobueno, (altos del Parque de Artilleria) que se nos abrió previa la señal convenida; en ese momento pasaba un rondin compuesto de un oficial de policia y dos vigilantes, en la esquina de Talcahuano y Lavalle hallábase otro oficial de Policia.

Una vez que subimos la escalera, nos encontramos en una pieza á media luz, postigos cerrados y unas veinte personas dentro.

Encontré en ella numerosos amigos, los cuales no sabia se encontrarán en el movimiento; pasé á otra donde se encontraba ya el Dr. Alem y donde se me dió una divisa compuesta de tres cintas de seda de un centímetro de ancho y como diez de largo, una blanca, otra rosada y la tercera verde.

Siguió entrando gente y á las 4 y 15 habrían allí no menos de 150 personas.

Sentados unos en sillas, otros en las mesas y los mas en el suelo, esperamos en silencio hasta cerca de las 5 a. m. hora en que llegó el batallon 5º entrando en ese momento presos á algunos de los vigilantes que se entregaban en las aceras y los cocheros que habia en la plaza.

Hizósenos dejar los sobretodos y por una escalera interior revólver en mano bajamos al patio del Parque; de ahí fuimos en grupo á buscar los guarda almacenes, sujetos italianos, que se hallaban durmiendo y á quienes llevamos por la fuerza á que entregaran las armas: los infelices iban medio desnudos y algunos llorando.

Armóse inmediatamente la primea compañía y pasamos á formar en la azotea, donde se sentía un buen frío; momentos despues llegó la artilleria y demás cuerpos que ocuparon la plaza».

En el Parque y sus alrededores

INCIDENTES DIVERSOS—SEÑORITA ELVIRA RAWSON

Habla un reporter que ha visitado la plaza General Lavalle y sus alrededores, en momentos del desarme y poco despues de este acto:

Hemos recorrido las azoteas de la parte de la ciudad ocupada por la Union Cívica. Las posiciones eran inespugnables y lo mejor de todo, que no podían ser heridos sus defensores, sino por una gran casualidad; la mayor parte de esas azoteas tienen pretils de ladrillo, que servian de defensa á los revolucionarios.

En las azoteas que tenían el pretil en pequeños pilares, á manera de barandado de balcon, los cívicos tuvieron, por voluntario obsequio de los almaceneros, sacos de arroz y harina para servir de parapetos; y en otras partes sacos llenos con la arena recogida de las calles desempedradas para formar las barricadas.

La señorita Elvira Rawson desafiando peligros se ha presentado en la Plaza del Parque á curar heridos y recoger muertos con un valor digno de encomio.

Cuando se le preguntaba, como se animaba á atravesar por medio de las tropas, contestaba con imperturbable serenidad: *es mi deber*.

El capitán ó comandante Manzano, al saber la noticia de la entrega de la plaza del Parque, arrojó su espada en la puerta del cuartel, y cuando se retiraba á su casa, decepcionado, fué muerto por la espalda, porque se le creyó sin duda de los que entraron en la transacción.

En la calle Belgrano y Salta, una bomba mató á una niña de 14 años y á su sirvienta: penetró la bala por el techo al comedor de la casa, donde se hallaban las víctimas.

En la calle Salta, esquina San Juan, se hallaba en embargo y bajo custodia un almacén que días antes se había principiado á quemar, los dueños estaban presos por creerse los autores del conato de incendio y la casa guardada por dos vigilantes. Estallada la revolución, los vigilantes se fueron á su cuartel ó á otra parte, dejando el almacén sin gente. Al principio respetaron la casa, pero el Domingo, alguien penetró allí y quedó el almacén libre de polvo y paja.

Al saber un sargento que defendía con un piquete la esquina Lavalle y Libertad, que debían retirarse abandonando el campo á las fuerzas del

Gobierno, dirijiose á unos militares y les dijo con una palabra mas dura que la de Cambronne y tan enérgica como aquella: Y para eso nos han llamado? *Miserables!!* y tomando el rifle puso el cañon á su pecho de héroe y disparó un tiro que lo dejó sin vida. Ese suicidio da la medida de lo que pasaba en el alma de los revolucionarios, en los momentos de la entrega.

Escenas iguales nos cuentan con relacion á dos oficiales de la revolucion.

Al salir del Parque el General M. J. Campos, en union de los señores Alem y del Valle, con otros cívicos mas, fué mal recibido por sus antiguos subordinados que le dirijian increpaciones.

Los citados caballeros, cuya conducta era injustamente apreciada, no creian, con razon que era oportunidad de sincerarse.

—Por qué nos rendimos? preguntaba un soldado á sus compañeros.

—Dicen que no tenemos municiones.

—Mentira! Aqui estan nuestras bayonetas para atacar y defendernos. Esos miserables nos han vendido, respondió el soldado.

En el Parque habia municiones para muchos dias.

No conocian los antecedentes del hecho, que en esta crónica se detallan, y que los gefes revolucionarios prometen ampliar y explicar á la cesacion del estado de sitio.

A las 2 de la tarde del Mártes, cayó una bomba sobre la casa de la esquina de Venezuela y Salta, horadando el techo y atravesando una puerta.

Esta se astilló por completo é hirió gravemente en el muslo derecho á la señora de la casa y en el talon del pié izquierdo á la sirvienta.

Aquella fué conducida en un cátre por miembros de la benemérita Cruz Roja hasta la casa del Dr. Born, situada en la calle Venezuela á

dos cuadras del lugar del suceso. Allí se le hizo la primera cura, operación dolorosa que soportó la señora con verdadera entereza.

Habia que extraer las astillas que penetraron casi hasta el hueso. De allí fué conducida en un carrito hasta el hospital. Su estado era bastante grave.

En la calle Libertad al llegar á Lavalle, habia en el pavimento algunos centenares de panes all'esparcidos.

La calle Lavalle entre Libertad y Talcahuano estaba sembrada de kepis y sombreros.

En la esquina de Lavalle y Talcahuano un coche de tramway volcado y una docena de carruages hechos pedazos, servian de trincheras.

En las calles cerca de la plaza Lavalle como telas de araña, la enorme cantidad de hilos telegráficos y telefónicos que la interceptaban.

En la esquina de Corrientes y Paraná se habia formado una trinchera con varios caballos muertos y una enorme jaula de fieras, forrada en hierro, sacada seguramente del Politeama.

En la calle de Belgrano entre Pasco y Pichincha se encontró ayer por la mañana el cadáver de un jóven al parecer italiano, de 22 á 23 años completamente degollado, se ignora su nombre.

Desde el dia 29, á la caída de la tarde, está ocupado por el batallon de infanteria núm. 8, al mando del coronel Arroyo.

El cuartel desde la plaza General Lavalle, á que da frente por el Este, representa un verdadero campamento derrotado, inmediatamente despues de la batalla.

Arboles cortados, planchas desechas, bancos y paseos destrozados, zanjas, parapetos y trincheras, paredes, puertas, ventanas y balcones acribillados á balazos.

Penetrando en el cuartel se encuentra todo en el mayor desórden.



Esquina Talcahuano y Lavalle
Efecto de una bomba estallada al frente de la
confiteria

Multitud de despojos de trofeos y armamentos esparcidos por el suelo de los patios, de los galpones de depósito, de las escaleras, las habitaciones de los altos y las azoteas.

Monturas estropeadas y equipos de caballería hechos añicos; arzones y cureñas rotos y en desorden; mochilas, bayonetas y machetes, sables y fusiles, balas de cañon y cartuchos de fusil sembrados por todas partes: uniformes y prendas de vestir de todas clases, desde el de oficial

hasta el de soldado en los de tropa, y desde el zapato y la alpargata, el pantalón y la tricota de punto, hasta el chambergo y la galera de los paisanos, todo ello revuelto entre mondongos y despojos de animales, en un lodazal inmundo formada por el agua y por la sangre humana é irracional y por residuos de vituallas y cacharros.

Una gran parte de la tropa se ocupaba bajo la dirección de gefes y oficiales, de la reunión por grupos y por clases de los equipos y armamentos hacinados y dispersos, reunidos de las barricadas y trincheras construidas por los sediciosos en la plaza y las boca-calles adyacentes y ha de ser tarea de bastantes días la de poner en orden todo aquel desbarajuste, limpiar aquellos pavimentos tan inmundos, sin contar los desperfectos de paredes, puertas y ventanas de aquel vasto edificio.

Allá en el fondo, por la parte que cae sobre la calle de Uruguay, existe un gran galpón destinado para depósito de las ambulancias y cajones de armamento antiguo y de desecho.

Una parte de aquel galpón lo habían destinado los rebeldes para reunir los muertos en el combate; y causa horror al par que pena profundísima el contemplar aquellas huellas de la muerte de tanto ser querido arrancado por la ofuscación humana al seno de familias y á la sociedad.

Sangre sobre el pavimento y las paredes; tapas de cajones de difuntos, sábanas y prendas de vestir empapadas de sangre, y estas últimas acribilladas á balazos, entre ellas un capote de oficial con mas de diez agujeros producidos por las balas.

Al lado de ese local hay una habitación ocupada por un gefe llamado Latorre que está enfermo hace días, y donde tiene su domicilio uno de los peones del Parque, anciano ya y al parecer inglés ó alemán, y este nos dijo que no podía precisar el número de los muertos allí reunidos en los cuatro días de combate; pero que eran mu-

chos y la mayor parte jóvenes de todas nacionalidades.

Le preguntamos si había reunida mucha gente en estos días, y nos contestó que calculaba en unos diez ó doce mil hombres entre militares y paisanos repartidos entre el Parque, las trincheras de la plaza y boca-calles y en cantones en las cuadras y azoteas ocupadas.

Perodice, que mucha parte de los de la clase civil han combatido por la fuerza, porque desde el sábado de madrugada todo el que pasaba por las calles ocupadas lo tomaban y obligaban á tomar las armas, mezclándolos entre la gente voluntaria.

El teniente Sr. Navarro, del batallón 8 de línea, nos condujo al galpón número 5, donde vimos hacinados y colocados en buen orden muchos cientos de cajones de cartuchos y montones de paquetes sueltos y de cartucheras llenas, recogidas en las azoteas, trincheras y la plaza, y tiradas por los pabellones y los patios del cuartel.

No hemos podido averiguar el número de fusiles sustraídos de los almacenes.

Los cañones existentes en los patios del cuartel de que se han servido los revolucionarios, son:

Diez de bronce de diversos calibres.

Veintiuno del sistema Krupp.

Diez ametralladoras giratorias en sentido horizontal, de diez cañones cada una.

Seis del mismo sistema de cinco cañones cada una.

Y ocho de diez cañones cada una, en sentido cilíndrico sistema Nordenfelt.

Para todo este armamento existe también munición abundantísima.

Hay, además muchísimos cañones, obuses y morteros desarmados, y grandes pilas cónicas de cañón de varios tamaños.

En las habitaciones de altos que hay sobre el arco y cuerpo que dividen el primero y el segundo patio del cuartel, vivían familias, entre ellas la del Sr. Silva, según varios papeles tirados por el suelo de las habitaciones y gran número de tarjetas de señora sobre un velador que dicen: «Sara V. de Silva», la del General Viejobueno, y la de un empleado del Parque llamado Celedonio Semanat.

Todas esas habitaciones han sido saqueadas. Allí se encuentran los muebles y las ropas en el mayor desorden.

Armarios, cómodas, baúles, lavatorios, sillas, sofás, jardineras de fantasía, etc., etc., esparcidos, todo abierto y maltratado; y por los suelos camisas, chambras, medias, gorras y sombreros de señoras, polleras, chaquetillas, corbatas y tarjetas, papeles y retratos, libros, útiles de escritorio y de labor, estuches sin alhajas y otros objetos de adorno y de servicio de poco valor.

Representa todo aquello un cuadro al natural de escrupuloso saqueo; pues las ropas y prendas de vestir abultan más que valen y sin duda por lo mismo han sido respetadas.

Las avenidas del cuartel y de las cuadras que lo circundan, están todas atrincheradas con grandes zanjas y parapetos, unas de piedra, tierra, troncos de árboles y coches de tramways; otros de piedra, ladrillo, bolsas llenas de arena, y otras de piedra, tierra y grandes fardos de pasto; y por apéndice, de esquina á esquina, atravesadas las calles por manojos de alambres del teléfono sujetos á las rejas de uno y otro extremo.

Las paredes, puertas y ventanas de las cuadras por cada lado de la plaza y del cuartel, están selladas de balazos y agujeros de metralla; representan un combate encarnizado de dos ejércitos numerosos y tenaces. Caballos muertos en las calles, trofeos de armamento y vestuario de soldados, blusas, chaponas y sombreros gachos estropeados á balazos, se ven por todas partes.

En la esquina de las calles Cerrito y Viamont hay un balcon y balaustradas desechas por balazos de cañón, segun noticias del dueño de la confiteria establecida en dicha esquina, dirigian los revolucionarios el sábado por la mañana á las tropas leales que los batian desde la calle de Artes.



Esquina de Libertad y Viamont
Barricada hecha por la infanteria

El batallon 8 de línea, que ocupa actualmente el Parque abandonado por los revolucionarios, salió de su cuartel el sábado 25 á las primeras horas de la mañana provisto de cinco carros de municiones sacadas del Arsenal de Guerra, diri-

giéndose á la plaza de Libertad, habiendo tenido en el trayecto algunos encuentros con cantones revolucionarios que fué desalojando y sufriendo por su parte cuatro ó cinco heridos.

Al llegar á la plaza Libertad entró en accion distribuyendo su fuerza por cantones en la calle de la Libertad, donde ha peleado bravamente hasta el último momento, teniendo 34 heridos, entre ellos el teniente señor Anderson y el sargento distinguido Pedro Veira.

Hasta la banda de música del batallon ha ocupado dignamente el puesto de honor que le fuera señalado, llevando á los cantones todo lo necesario para el combate, resultando seis bajas por heridos.

El día 26 destacó una guerrilla por Talcahuano á Charcas al mando del comante Daza, capitán de la sexta N. T. Anderson y teniente Astengo, la que atacó una fuerza numerosa de revolucionarios, causándole gran número de bajas y haciéndola retroceder hasta la calle Viamont.

El mismo día el teniente Navarro con cuatro soldados de su compañía, fué comisionado para desalojar un canton que hostilizaba al batallon desde una azotea de las calles Cerrito y Santa-Fé al mando de un teniente llamado Wasgmi, á quien puso en dispersion haciéndoles seis prisioneros.

Todos los demás hechos de armas y detalles de la jornada, los explica el parte que ha elevado á manos del General en jefe el coronel del cuerpo.



Teniente-General Julio Argentino Roca

Como se tomó la escuadra

La noche del viernes, vispera de la revolución, la mayor parte de los jefes y oficiales complicados en el movimiento se embarcaron en un vaporcito que los condujo hasta el transporte «Villarino», cuyo comandante, el teniente de navio Eduardo O'Connor, debía mas tarde hacerse cargo de la escuadra sublevada.

En el «Villarino» los jefes y oficiales cenaron alegremente, presidiendo la mesa el mayor O'Connor; la política fué completamente estraña á las conversaciones de sobremesa.

Eran poco mas ó menos las 2 a. m. del sábado cuando un grupo de oficiales se embarcó en un bote del «Villarino», dirijiéndose hácia el «Patagonia» que se encontraba á cargo del teniente de fragata Enrique Quintana.

Este oficial dormía en su camarote, ajeno por completo á los sucesos que instantes despues se iban ha desarrollar á bordo de su buque.

Bajaron á la cámara y dirijiéronse al camarote de Quintana.

Allí, el mayor O'Connor le intimó que se rindiera ante una disposicion del gobierno provisorio que acababa de confiarle la direccion de la escuadra.

El capitan Quintana dijo que aunque dudaba de que el cambio de gobierno se hubiera operado, ante la actitud, de sus compañeros no tenia inconveniente en plegarse al movimiento general.

Acto continuo se hizo reconocer como comandante del crucero Patagonia al teniente de navio Don Ramón Lira, quien nombró como su segundo al Capitan Don Vicente Montes, los que ordenaron al maquinista David J. Ford que encendiese en seguida los fuegos.

Luego, el mayor O'Connor, con su insignia en el tope del palo de popa del Patagonia, hizo la señal á la «Paraná» de que vengan los comandantes á bordo.

Se despertó al Capitan Irigaray comandante, de este buque, el que se trasladó en el guingue á la expresada nave á recibir órdenes.

Fué recibido en el portalon de estribor por el capitan Bárcena, quien lo invitó á que bajase á la cámara en donde le esperaba el Jefe capitan de navio Iturrieta.

Al entrar á la camara se encontró con el mayor O'Connor, el que le comunicó que el gobierno provisorio acababa de nombrarlo jefe de la armada y que lo llamaba para comunicárselo, significándole que debia acatar sus órdenes y acompañarlo.

El capitan Irigaray contestóle que en manera alguna reconocia otro gobierno que el del Dr. Juarez y que ignoraba que la junta de marina le hubiese entregado á él el mando de la escuadra.

Se le envió en el acto á un camarote con centinela de vista, yendo el teniente de fragata Saenz Valiente y el teniente Dousset á hacerse cargo del comando y segundia de La Paraná.

Así quedaban La Patagonia El Villarino y La Paraná en poder de los oficiales sublevados.

Mientras estos hechos se desarrollaban, en la Maipú ocurría un incidente sangriento que determinó su incorporacion al grueso de la Escuadra.

Hacia poco rato que el mayor Barilari era avisado por los capitanes Loqui y Leroux, que la escuadra se habia sublevado, pues al teniente Duran, al intentar ir á bordo con el vaporcito que diariamente conduce los viveres lo tomaron preso á bordo del Patagonia enviándosele á tierra una vez que declaró no reconocer al gobierno provisorio como poder constitucional.

Al terminar la entrevista, entraba en la cámara el farmacéutico de la «Maipú» y dos marineros de la guardia militar, y al grito de «viva la Unión Cívica» disparaban á quema ropa sobre el mayor Barilari, que sacando su revólver le levantó la tapa de los sesos á uno de los marineros, yendo á cubierta en seguida acompañado de los oficiales mencionados.

Mientras subia el farmacéutico le hizo cinco tiros de los que dos dieron en el blanco. Como el mayor Barilari gritase á la guardia y ésta media le obedeciera, los oficiales del buque comprometidos en el movimiento corrieron á las ametralladoras apuntando en direccion al grupo. Una palabra, una protesta armada de parte de los capitanes Loqui y Leroux, hubiese sido la muerte de todos. Por otra parte, sea dicho en honor de esos distinguidos oficiales, el mayor Barilari arrojaba su revólver sobre cubierta, pues no tenia ya cápsulas y los otros dos estaban desarmada. Fué en este momento que el mayor Barilari recibió un bayonetazo cerca de la clavícula izquierda. Aunque graves

las heridas, sabemos que á la fecha dicho jefe se encuentra bastante restablecido.

Acto continuo bajaron á tierra dichos oficiales, quedando herido á bordo el mayor Barilari á popa, en cubierta, con centinela de vista. Una vez fuera el buque, fué trasbordado y conducido á tierra en un vaporcito particular.

Los oficiales Loqui y Leroux, respectivamente comandantes del «Azopardo» y del «Resguardo», no tuvieron tiempo siquiera para cargar las piezas, pues la «Maipú» que estaba sobre vapor desde el día antes, largó las amarras saliendo á toda máquina al mando del teniente Guillermo Wells, incorporándose luego á la escuadra.

Otras escenas se desarrollaban en el acorazado «Los Andes» que se encontraba en su fondeadero habitual de Lo. Pozos.

Noticiado el contra-almirante Cordero, de que acababa de estallar la revolución sublevándose parte de las fuerzas de línea, se embarcó en un bote mercante en la playa del puerto San Martín, dirigiéndose al acorazado «Los Andes», en donde fué recibido por el alférez de fragata Lamí. Dictó enseguida algunas disposiciones, y se trasbordó á un vaporcito para ir hacia la escuadra. Al ponerse al habla con los buques el jefe de éstos le intimó que se retirara, porque de no hacerlo así se verían obligados á disparar sobre él, lo que ejecutaron en el acto viendo que tardaba en largarse.

El vaporcito hizo proa á «Los Andes», en donde se encontró con el segundo comandante de este buque, capitán Aguerreberry que en ese momento se embarcaba. Este oficial, al ser noticiado por boca del contralmirante que la escuadra estaba sublevada, con la guardia formada le intimó orden de prision, constituyéndole en arresto en el camarín del segundo comandante. Asumiendo el mando del buque el capitán Aguerreberry, se hizo al canal exterior remolcado por el vaporcito que había conducido al contralmirante.

El coronel Lawry se presentó á las primeras descargas en la plaza del Retiro, en donde se encontró con el presidente de la República quien le ordenó que se embarcase en «Los Andes» y concentrara la escuadra. Este jefe se embarcó con su hijo Jorge en un bote mercante, haciendo proa hacia dicho buque. Aquí fué tomado preso por el capitán Aguerreberry cuando levaban las anclas para hacerse afuera.

Como dicho oficial les atendiera perfectamente, mostrándose respetuoso y colmándoles de deferencias, le propusieron que les permitiera abandonar el buque y retirarse á la costa oriental á otro punto cualquiera.

El capitán Aguerreberry, ya incorporado á la escuadra, consultó esto con el mayor O'Connor, el que accedió á la solicitud hecha por estos *efes con la condicion que al retirarse debieran pasar por la proa de la nave capitana que en aquellos momentos lo era la «Patagonia»*

Al efecto se embarcaron en el «Rápido» de la compañía Mihanovich, dirigiéndose á la Plata, en donde permanecieron 48 horas en la incertidumbre en que se veían envueltos á causa de las noticias contradictorias que les llegaban desde la capital.

Por último rasolvieron salir del puerto de La Plata para dirigirse á Montevideo, con el objeto de ponerse al habla telegráficamente con el gobierno, si era posible, y en nombre de éste solicitar la ayuda de los buques de guerra extranjeros para combatir la escuadra sublevada. Pero se vieron obligados á desistir de su viaje, por el estado agitado del río, volviendo en seguida á la Plata.

El martes, y siempre á bordo del «Rápido» se dirigieron por el río Paraná á Campana y Zárate, en donde en vista de las satisfactorias noticias que se recibían de la capital, bajaron al Tigre, á donde llegaron el miércoles por la noche.

El tren del norte les condujo á esta capital.

La escuadra sublevada se componía de cinco buques, á saber: «Patagonia», «Villarino», «Andes», «Maipú» y «Paraná», izándose definitivamente la insignia á bordo del «Villarino.»

En los primeros momentos la escuadra se apoderó de los vaporcitos «Doli» y «Villar» de Miha-novich, que regresaban de la rada. Luego del «Leon» y del «Nord» de la Remolcadora, del «Piloto» y del «Rápido.»

El «Nord», el «Leon», el «Villar» y el «Piloto», los utilizaron como avisos. El «Doli» fué armado con dos cañones de 4 centímetros del «Patagonia», servidos por 11 marineros y un oficial del crucero.

El «Doli» recibió una bala de 7,5 en la proa á estribor, disparada por uno de los buques de la armada por cruzarse éste entre los fuegos razzantes que se hacían á la casa de gobierno.

Entre los presos que tomaron los jefes de la revolucion figura el capitán de fragata D. Walter Green, que venía del río Uruguay en el vapor «Tridente».

El comandante Loqui detuvo algunas comunicaciones del jefe de la escuadra, que venían dirigidas al doctor Alem, en las que pedía instrucciones.

Los disparos hechos por la escuadra alcanzan á un número respetable.

Hé aquí por su orden los buques y los disparos hechos:

«Patagonia»—1 tiro con granada hecho por el cañon de proa de 25,4 centímetros; 4 tiros con el cañon de popa de 9 pulgadas bala rasa y granada; 14 tiros con granada por los cañones de 15 centímetros de los reductos; 12 tiros con los cañones de 12 centímetros de la cubierta elevada.

«Maipú»—25 tiros con granada, la mayor parte con su cañon grueso. Este quedó medio inutilizado, pues á causa de los disparos hechos con demasiada elevacion se rompió el *galápago* y la *plancheta*. Su comandante interino ha pasado

un parte, acompañando un croquis de las piezas que será necesario reponer.

Un proyectil que habia quedado en el cañon grueso, no siendo posible sacarlo se le colocó el saquete, disparándolo el martes á la noche lo que no dejó de causar la alarma consiguiente.

«Andes»—25 tiros con los cañones de la torre. A un marinero se le escapó un tiro el que fué á alojarse en el cráneo del marinero Guillot, que murió inmediatamente.

«Villarino»—15 tiros.

«Doli»—32 tiros

«Paraná»—13 tiros.

ENTREGA DE LOS BUQUES

El martes por la tarde, firmado ya el armisticio, salia el coronel Howard y los Sres. Miguel Goyena y Juan José Romero á parlamentar con el jefe de la escuadra.

El coronel Howard creyó conveniente dejar en la Boca del Riachuelo á los jefes y oficiales que le acompañaban y que eran los que debian recibirse de los buques, así que el mayor O'Connor se los entregara.

Llegaron á bordo, el «Villarino» reunió los buques con una señal, entrando los comisionados á exponer al mayor O'Connor la situacion política del país y á mostrar el tratado de paz definitivo que se habia firmado.

El jefe se manifestó conforme y no tuvo inconveniente en hacer entrega del mando al coronel Howard, quien izó en seguida la señal de «vengan jefes y oficiales á bordo».

Llegados á bordo los 35 oficiales, dejando á cargo de los buques momentáneamente á los maquinistas, se manifestaron ciertas dudas respecto de la verdad de los tratados que se habian celebrado; dudas que se encargó de disipar al momento el coronel Howard.

Se discutió luego el punto en donde querían ser desembarcados, no creyendo ellos que les

conviniere bajar en la costa de la ciudad; á lo que el coronel Howard aseguróles que podian hacerlo y que les garantia con su vida que nadie absolutamente les ofenderia, porque en este caso «caeria envuelto con ellos».

Sin embargo, se acordó desembarcar en el puerto de La Plata, debiendo conducirlos el transporte «Villarino» al mando accidental del teniente Victorica.

Despues de la declaracion hecha por el coronel Howard, los jefes y oficiales le aclamaron y abrazaron por su digna actitud; dominando la opinion de que á ser otro el jefe nombrado hubieran tenido que vencerse algunas resistencias para que la entrega de la escuadra se verificara sin incidentes enojosos.

Mientras el «Villarino» se alejaba entre los aplausos al coronel Howard, un vaporcito traía de tierra á los jefes y oficiales que debian hacerse cargo de los buques.

En el primer momento fueron nombrados los siguientes:

Capitan de fragata Latorre, comandante del «Patagonia»; teniente de navío Luis Maurette de la «Maipú»; teniente de fragata Saráchaga de la «Paraná»; alférez de navío Victorica del «Villarino»; y capitan de fragata Edelmiro Correa de «Los Andes».

La despedida de los oficiales en el puerto de La Plata fué conmovedora. El teniente Victorica los abrazó llorando á todos ellos, pues era un núcleo brillante de oficiales que la armada perdia.

Policia

La policia de la capital ha demostrado una vez mas con su heroico comportamiento, que no es infundada la confianza que el pueblo y el gobierno depositan en ella.

Como continúa avanzado ha sido uno de los primeros en concurrir al frente de su jefe el coronel Capdevila, á ocupar su puesto en el campo de la contienda sangrienta que se ventilaba en el seno de la ciudad.

El coronel Capdevila, que tuvo conocimiento del movimiento revolucionario despues de las 4 de la mañana del dia 26, se trasladó al departamento de policia y desde allí impartió órdenes telegráficas á las diversas comisarias, para que reuniera sus fuerzas y se dirigieran unas á ese punto y otras al Retiro.

A las 8 y media de la mañana, hora en que desfilaba por el Paseo de Julio en direccion al norte una compañía de agentes de policia armados á remington y se encontraba otra delante de la casa de gobierno, el coronel Capdevila, á caballo, vestido de media gala, con pantalon blanco, botas granaderas, dolman con alamares de oro y kepi, entraba en la plaza de Mayo por la calle Bolivar al frente de 400 vigilantes, que marchaban á paso de trote por hileras de á cuatro.

Los oficiales iban armados de carabina y los agentes de remington.

El coronel Capdevila, de conformidad con las órdenes recibidas del general Levalle, siguió bajo un fuego mortífero por la calle de Artes hasta Charcas y por esta hasta Libertad tratando de reunirse con la division que el general Levalle en persona conducía.

En el trayecto las fuerzas del coronel Capdevila habian sufrido muchas bajas sin alterarse por eso en lo mas mínimo el orden de formacion. Al efectuarse la reunion de las fuerzas que mandaban el general Levalle y el coronel Capdevila, una descarga bien dirigida, heria al coronel Capdevila mataba el caballo que montaba el general Levalle y atravesaba la manga de la chaquetilla que vestia el general Suspisiche.

El coronel Capdevila, al caer herido, gritó: Viva la nacion!..... Viva el Dr. Juarez Celman!

El general Levalle á su vez dirigió á la tropa palabras ardientes dictadas por el patriotismo: «¡Soldados, dijo, señalando las posiciones de los amotinados, allí está la traición y aquí está la gloria. Vamos allí y venceremos en bien de la patria!»

Los cuatro batallones de cien plazas cada uno á la cabeza de los cuales se puso el coronel Capdevila, eran comandados por los comisarios Argüelles, Obligado, Mascias, Galeano, Lastra, Navarro y Villamayor.

Los comisarios de las secciones 3ª y 5ª concurren con los vigilantes á sus órdenes á la comisaria 1ª, y los de la 2ª, 4ª y 14ª, á la casa de gobierno, que habia quedado completamente sola despues de marchar al Retiro el 2º de infanteria.

Las fuerzas de la comisaria 20ª permanecieron en su puesto hasta las dos de la tarde, hora en que recibieron orden de concurrir á la plaza de Mayo; todos los demás comisarios de la capital que no siguieron con el coronel Capdevila, se presentaron en el Retiro.

Herido el coronel Capdevila, el gobierno nombró en su lugar jefe interino de la policia al coronel D. José Inocencio Arias, que se hizo cargo de ella el domingo á las 2 de la mañana.

El coronel José I. Arias

JEFE DE POLICIA

SU NOMBRAMIENTO

Departamento del interior—Buenos Aires, julio 27 de 1890 - Considerando que el jefe de policia de la capital coronel don Alberto Capdevila se halla impedido de desempeñar las funciones por encontrarse herido combatiendo contra la rebelion en armas, el presidente de la República—Decreta:—

Art. 1º. Queda encargado de la jefatura de policia el coronel don José Inocencio Arias.

Art. 2 Comuniquese, publíquese y dese al R. N —

JÚAREZ CELMAN

Salustiano J. Zavattu.

Comprendiendo el coronel Arias la violenta situacion porque atravesaba la poblacion en aquellos momentos, uno de sus primeros actos fué lanzar el edicto que publicamos á continuacion, llevando por ese medio la tranquilidad á los vecinos que empezaban á sentir la falta absoluta de garantias para sus vidas é intereses.

EL PRIMER EDICTO

He sido honrado por el Excmo. Sr. presidente de la República con el puesto de encargado de la jefatura de policia.

La policia de la capital, fiel á las autoridades constituidas, ha cumplido hasta la fecha con su deber, siendo el guardian mas celoso de los intereses públicos; merece por lo tanto, la consideracion, el respeto y la proteccion de todos los ciudadanos honrados que se inspiran en el bien y la tranquilidad de la patria.

En tal concepto, debiendo desaparecer muy en breve las causas que han motivado los momentos anormales porque hemos pasado, teniendo hoy como ayer las fuerzas suficientes para continuar garantiendo la seguridad y los intereses de todos en el territorio de la capital, contando además para ello con la ayuda que decidida y patrióticamente nos preste el vecindario, nacionales y extranjeros, exhorto á todos los habitantes á respetar sus procedimientos.

La policia volverá, pues, á restablecer desde hoy su servicio de vigilancia, dispuesta á proteger y garantizar todo acto de civismo, como á reprimir con energia cualesquiera atentado que se lleve á cabo contra los intereses públicos.

Tengo la conviccion de que mis palabras han

de encontrar acogida favorable entre todos los habitantes de la capital, y es en tal virtud que he dispuesto que las fuerzas de reserva reconcentradas hasta este momento, vuelvan á sus respectivas secciones para hacer cumplir los principios de orden que dejo consignados.

No obstante, debo prevenir que seré inexorable con los que dificulten el servicio protector que voy á establecer, y que el menor asomo de resistencia ú hospitalidad será severamente castigado.

Debo recordar á los propietarios de casas que deben negarse,—so pena de hacerlo á cada uno responsable del hecho,—á facilitar sus casas para cantones ó agrupamientos de fuerzas que hostiguen á las autoridades constituidas.

José Inocencio Arias.

Las fuerzas de policia, de que se hizo cargo el coronel Arias, se encontraban acantonadas en el departamento central y en los edificios adyacentes que habian tomado como punto estratégicos para poder resistir cualquier ataque, encontrándose completamente aisladas del resto de las fuerzas que operaban en el Retiro.

Utilizando los servicios de los agentes de pesquisas el coronel Arias, consiguió comunicarse con el general Levalle y pudo con estos mismos agentes obtener datos de varios puntos que tenian tomados los revolucionarios.

Del departamento fueron despedidas en el acto patrullas en todas direcciones, unas con el objeto de sorprender á los revolucionarios en sus posiciones y otras con el de restablecer en lo posible el orden en la poblacion.

Los resultados en ambos casos fueron satisfactorios, por lo que el coronel Arias quedó sumamente complacido del tino con que la policia ejecutó sus órdenes, lo que le demostró su buena organizacion.

Ese día y el siguiente la policía sostuvo reñidos tiroteos con varios cantones de los revolucionarios, que bien parapetados aprovechaban los descuidos de los agentes para ocasionarles bajas.

Uno de los sitios mas fuertes por su posición era el teatro Onrubia, de donde no cesaba ni un momento el fuego contra las fuerzas de policía.

El coronel Arias comisionó á los principales Benitez y Ríos para que con cincuenta hombres se apoderaran del teatro Onrubia.

Venciendo mil dificultades Benitez y Ríos se apoderaron de aquel cantón, tomando solo á 7 prisioneros, pues los demás que lo defendían consiguieron evadirse por las muchas salidas que tiene el edificio.

El día 30 á las tres de la mañana los vigilantes que se encontraban con sus superiores en los distintos cantones próximos al Retiro, recibieron orden de reconcentrarse en el departamento central, cosa que efectuaron hasta las once de la mañana.

Los comisarios, una vez que llegaban al departamento, pasaban á sus comisarias á restablecer el servicio de seguridad por medio de patrullas armadas á remington.

Este servicio consiguió restablecer la tranquilidad pública, pues se obtuvo la detención de muchos sujetos de malos antecedentes que á título de revolucionarios habían logrado sacar armas y municiones del Parque utilizando las con perjuicio de las vidas é intereses de los vecinos.

El vecindario, respondiendo al edicto del jefe de policía coronel Arias, que refiere á las armas de la Nación que han quedado en poder de los particulares, empezó á hacer entrega de las que habían servido en algunos cantones, secuestrando la policía por su parte muchas otras de distintos sitios.

El canónigo Dr. O'Gorman hizo entrega por

medio de una nota al comisario respectivo de 19 remingtons que habian quedado abandonados en la iglesia de San Nicolás.

De una casa de la calle Lavalle el comisario Olazabal secuestró 126 remingtons y algunas otras armas.

La poblacion de la Boca, que permaneció en un estado mas bien tranquilo durante los dias de revolucion, tuvo la proteccion decidida de varios vecinos que organizados en comision hicieron policia durante dia y noche, evitando los excesos á que en otras secciones se entregaba la gente que se armaba con el propósito deliberado de atacar la propiedad.

La Cruz Roja

El presidente de esta humanitaria institucion dirigió en el primer momento al pueblo el siguiente manifiesto:

Ciudadanos, argentinos: Los azares de la politica han puesto en armas á nuestros compatriotas.

Sangre argentina derramada en lucha fratricida ha teñido el suelo de la patria, y hombres útiles al trabajo y al pais van á ver tronchada su existencia; que esas son las consecuencias de la guerra.

Unos y otros se aprestan mutuamente á defenderse y resistirse, pero no pueden preocuparse suficientemente de atender al socorro del que cae en el campo de batalla.

Esa mision es nuestra, es del pueblo todo, cuyos sentimientos humanitarios, sobreponiéndose siempre á mezquinos intereses de partido, no ven en el doliente un enemigo ó un adversario.

Argentinos son los que en uno y otro bando militan, y el sentimiento de caridad no admite clasificaciones que repugnan á los corazones generosos.

La Asociacion internacional de socorros á los heridos vá á ponerse en campaña para llenar los fines de su mision, pero al hacerlo necesita el apoyo de todos los argentinos, de todos los habitantes de la República.

Sin en el concurso de todos nuestros esfuerzos pueden resultar frustados por falta de elementos, y aun cuando el Congreso Supremo de la Asociacion espera merecer el apoyo de todas las clases y de todos los partidos, cree de su deber dirigirse á todos los habitantes de la República pidiéndoles el óbolo de su caridad.

Se necesitan hilas, vendas, vendajes, medicinas, camas, ropas, dinero, etc, etc, y esto no podría adquirirlo el consejo sin la cooperacion de todos los hombres de buena voluntad.

Argentinos, extranjeros, ayudadnos en nuestra mision, que es altamente humanitaria.

Católicos y desidentes, venid á nosotros, que es nuestro lema ejercer la caridad sin reserva ni restricciones, acordándonos que el enemigo herido es nuestro hermano.

Constituiros en juntas auxiliares, nobles matronas, en cuyos pechos laten con mayor impulso los generosos sentimientos, y proporcionadnos vuestra valiosa cooperacion vosotras que tanto podeis.

Y todos, en fin, así los que habeis nacido al abrigo del sol de Mayo, como aquellos que han venido á nosotros de lejanas tierras, concedednos vuestro apoyo moral y material como vuestros recursos os lo permitan, que ante la humanidad, tanto como el óbolo del poderoso vale el concurso personal del hijo del trabajo.

El fragor de las armas anuncia la proximidad de un combate: el ejército de la caridad debe entrar tambien en campaña inmediatamente, engrosar sus filas.

Buenos Aires, 20 de Julio de 1890—*Pedro J. Roberts*, presidente—*Francisco Constenla*, secretario.

Los hospitales de sangre

Pocos momentos después de haber estallado la revolución, congregáronse en el domicilio del Dr. Roberts, presidente de la asociación la «Cruz Roja», algunos de sus miembros, acordando que se procediera inmediatamente á la instalación de una oficina central, que efectivamente fué constituida en la calle de Bolívar número 120, casa de remate del Sr. Constenla, quien cedió gratis el local. Después de este acto preliminar, se acordó dirigir una comunicación á los jefes de las tropas beligerantes generales Manuel J. Campos y ministro de la guerra general Levalle.

En dichas comunicaciones se rogaba que se respetaran é hicieran respetar como neutrales las insignias de la Cruz Roja, á cuyo efecto se acompañaba con las comunicaciones un modelo del brazal reglamentario. No estaban aun instalados los locales de las ambulancias, cuando la caridad de este noble pueblo comenzó á significarse.

He aquí la lista de los donativos y de los donantes que acudieron desde los primeros momentos.

Sres. Demarchi, medicamentos.

Sres. Legard Sproat y C^{as}, id.

Sr. Edmundo Granwell, id.

Señoras de Prelles, trapos, sábanas, hilas, vendajes, etc.

Necesitaríamos muchísimas páginas si tratáramos de publicar la nómina de las personas que contribuyeron con su óbolo á aliviar la desgracia. La mayor parte de los donativos consistentes en ropas, hilas, vendajes y vinos.

El Sr. Villalonga, puso inmediatamente á disposición de la Cruz Roja cuantos carros necesitara ésta, para el transporte de heridos, medicinas, etc.

Todos estos donativos fueron aceptados y repartidos en las diferentes ambulancias que á la sazón se habian ya instalado y que mencionaremos por su órden.

El ex-ministro de hacienda Sr. Uriburu, remitió al presidente de la asociacion de que nos ocupamos un cheque de 500 pesos m/n., á fin de que se atendiera con su importe á los primeros gastos.

Tan valioso ofrecimiento fué aceptado por el Dr. Roberts, quien no teniendo por el momento necesidades apremiantes para hacer uso de él, por cuanto el hospital de sangre instalado en una casa en construccion contigua á la que ocupaba el Dr. Roberts, iba á ser costeadado por el Sr. Luis V. Varela quien merece los mayores elogios, entregó dicha suma al hospital situado en el instituto oftalmológico.

Uno de los primeros actos de la «Cruz Roja» fué la remision de dos carros de hielo, uno al parque de artilleria y otro al Retiro, destinado este á la ambulancia del «Socorro», á la cual acudió en los primeros instantes el Dr. Peña, con dos miembros de la Cruz Roja, cuyos nombres no hemos podido averiguar. El primero de dichos carros fué descargado por el mismo presidente de la Cruz Roja Dr. Roberts, en ocasion en que el fuego era mas nutrido, sirviendo despues ambos vehículos para trasportar los heridos á diferentes hospitales.

No encontraríamos suficientes frases para expresar los servicios valiosísimos que en aquellos momentos de atribulacion han prestado todos los miembros de la Cruz Roja, mereciendo especial citacion los Dres. Roberts, Goffarinsi Peña, Hiron, los hermanos Lloveras y otros cuyos nombres no recordamos en el instante en que escribimos estas líneas bajo la penosísima impresion que ha producido en nuestro ánimo la visita minuciosa que hemos dedicado á los hospitales de sangre.

Las fuerzas del gobierno

Escortado por el batallón 2 de infantería, y por más de cien vigilantes mandados por un comisario auxiliar, el presidente de la República salió de su casa particular en la madrugada del Sábado en dirección al cuartel del Retiro, donde el Dr. Juárez se encontró con el regimiento 6 de caballería que al mando del coronel Parkinson le esperaba allí.

El general Levalle adoptó en seguida todas las disposiciones necesarias para asegurar la posición.

Habiendo comunicado el Mayor Coquet que el Gral. Suspische se dirigía á Palermo para ponerse al frente del regimiento 11 de caballería con el objeto de seguir las huellas al regimiento 1º de artillería que se había sublevado, el general Levalle dispuso que el coronel Anaya se trasladase á Maldonado y transmitiese al jefe del 11 coronel Leyria la orden de concurrir con el regimiento á la plaza del Retiro.

Dos horas más tarde se presentaba en la plaza el coronel Palacios al frente del batallón 4º de infantería y el batallón 6º al mando del comandante Parkinson.

Luego el general Levalle formó la columna á cuyo frente se colocó el 2º de infantería. En seguida los batallones 4º y 6º, los cadetes de Palermo, cuerpo de bomberos, vigilantes y alumnos de la escuela de cabos y sargentos. Además, resguardando la plaza quedó un número crecido de fuerzas.

La columna marchó por la calle Santa-Fé hasta la de Cerrito, donde se le incorporó el regimiento 11 de caballería que bajaba por Cerrito con la dirección á la plaza Libertad.



Las fuerzas del Gobierno por la calle Suipacha

Al llegar á la plaza, los revolucionarios, parapetados en el Parque de artillería y en diversos cantones hicieron fuego á la cabeza de la columna del gobierno.

Los batallones 4º y 6º que marchaban á la vanguardia forman cantones en varias casas que flanquean la plaza Libertad, mientras que la demás fuerza se dirige á la calle Santa Fé entre Cerrito y Libertad, donde toman posiciones, incorporándose á ellas las mandadas por el coronel Anaya y el cuerpo de vigilantes á las órdenes del coronel Capdevila.

El general Levalle dispuso que el coronel Anaya fuese al cuartel del 8º de infantería con el objeto de traer á este cuerpo que aun no habia salido á la calle por ignorar sus gefes la direccion en que se encontraban las tropas del gobierno.

Hacia un momento que el gefe del 8º coronel Belaunde habia recibido del Dr. Alem, gefe de los revolucionarios, la orden de presentarse en el

Parque con su batallón bajo amenaza de ser calificado de traidor á la patria.

El coronel Belaunde al frente del cuerpo salió del cuartel llevando los cien mil tiros que el coronel Anaya sacara del arsenal de guerra como medida de precaucion.



Soldados del Gobierno tomando mate en la plaza de Victoria

El primer combate

El combate entre las fuerzas revolucionarias, y las tropas fieles al gobierno fué reñidísimo.

De diversos cantones de la calle Paraguay entre Paraná y Uruguay, los revolucionarios iniciaron un ataque récio de fusilería que fué sostenido por las fuerzas del general Levalle.

Cerca de las tres de la tarde, el batallón 1° de infantería ocupó la calle Talcahuano á costa de grandes pérdidas.

Pocos momentos despues llegaba de Zárate el regimiento de Artillería de Costas al mando del teniente coronel Sarmiento y del mayor Martinez reincorporándose á las fuerzas del gobierno.

El fuego se mantuvo con intensidad hasta las cinco de la tarde; hora en que empezó á amenguar, pero sin que cesara durante toda la noche.

Colocáronse en la esquina de Cerrito y Paraguay dos piezas de artillería Krupp de 7, 5 y dos ametralladoras Nordenfeli traídas del Colegio militar en la de Paraguay y Libertad.

Dirigia la maniobra de los artilleros el comandante Morallo.

A la mañana siguiente reforzóse la artillería con cuatro piezas mas que se desembarcaron de la cañonera «República» al mando del comandante Malavia.

Un rasgo del coronel Garmendia

Una vez mas, ha dado pruebas de su arrojo y su pericia este bravo militar, cuya figura se perfila brillante en todas las páginas de nuestra historia contemporánea.

Inmediatamente de conocer el motin corre á ponerse en primera fila de los leales y se le confian 159 hombres del 4 de línea.

Con ellos corre á buscar un acantonamiento cuyo fuego pudiese ser útil á la bandera nacional. Bajo un fuego terrible, perfora las dos manzanas comprendidas entre Paraguay y Viamont, Libertad y Cerrito, y va á ocupar la casa de altos frente al palacio Miró, donde estaba uno de los cantones amotinados más fuertes y mejor situados.

De allí rompe un fuego graneado y nutrido.

Las balas llovian sobre los bravos que eran arregados por Garmendia y por Andrónico Castro, que se habia unido á él. Ambos peleaban como soldados.

Los bravos consiguen mantenerse allí tres dias en medio de las balas de fusil que llovian y de un cañoneo tremendo destinado á derrumbar el cantón valiente.

Un bravo á Garmendia y á sus compañeros;

En lo más récio del juego ocurre un incidente el que pinta á Garmendia.

Una bala de cañon abre un boquete frente al muro que resguardaba á Garmendia que queda al descubierto y que sigue su fuego contra el canton Miró y los otros que lo rodean, que al fin son desalojados: un soldado viendo á Garmendia expuesto á una muerte segura abandona su puesto y acercándosele le dice:

—Coronel . . . lo van á matar!

Garmendia lo mira y le dice:

—A su puesto . . . Eso es lo que le importa!!!

La mañana del Domingo

El domingo al amanecer llegaban á la plaza Libertad las siguientes fuerzas que hasta entonces habian permanecido en el Retiro, cuidando al presidente de la República: 6º de caballería, alumnos de la escuela de cabos y sargentos y del colegio militar de Palermo.

Los revolucionarios recomenzaron entonces el ataque con mayor fuerza.

El cañon hacia oír su potente voz cada diez segundos.

Los disparos de la plaza Libertad eran contestados desde la esquina de la plaza del Parque y desde el canton formado en la azotea del palacio de Miró, donde se habia colocado una ametralladora.

A eso de las 8 de la mañana el Dr. del Valle se presentó agitando una bandera blanca.

El general Levalle dispuso que cesara el fuego.

El Dr. del Valle pidió una tregua para iniciar negociaciones y para levantar los muertos y heridos.

A esta tregua sucedió la capitulacion.



Esquina de la calle Suipacha y Tucuman, transeuntes heridos.

La causa de la trégua y de la capitulación

El gobierno revolucionario había pedido una tregua para recoger á los heridos y enterrar á los muertos, pero en verdad solo esperaba ganar tiempo para proveerse de municiones.

Durante la tarde del domingo comisionados

especiales lograron reunir cerca de 80.000 tiros de remington comprados en las armerías de Buenos Aires, y con este contingente nuevo se esperaba que al cesar el armisticio, en la mañana del lunes, se podría llevar á las fuerzas del gobierno un ataque decisivo.



El Matadero de las tropas del Gobierno

Poco antes de las 10 recibió la junta revolucionaria la nota del Dr. Victorica que ha sido el punto de partida del tratado de paz y que dice así:

La voz de la razon

Julio 29—A la junta revolucionaria—Señores: La gravedad del momento impulsa á atropellar por sobre toda consideracion, y aun por la mas terrible de no ser escuchado, y á arrojarse en medio de los combatientes para pedirles, en nombre de la patria y de la humanidad la suspension de la lucha, hasta encontrar bases honorables que la hagan cesar del todo, restableciendo el imperio del orden y de las leyes.

Dispuesto hasta arrojar mi vida entera á la hoguera de la discordia, si fuese necesario para apagarla, no vacilo en ofrecermé en compañía de los ciudadanos mas respetables que se indiquen para constituir una comision mediadora, que se ocupe inmediatamente de arbitrar bases de arreglo que salven el decoro de los combatientes, pues al fin la lucha es entre hermanos y está comprometiendo la suerte del pais en calamidades inauditas cuando se ha hecho del centro de nuestra gran capital el campo yermo y sangriento del combate y los poderosos proyectiles que se lanzan los enemigos argentinos contra argentinos, hermanos contra hermanos, el ejército entre sí, caen sobre los edificios y despedazan á las mujeres, á los ancianos y á los niños, hasta haberse presenciado la estupenda barbaridad del bombardeo, condenable aun respecto de un enemigo extranjero.

Esta gran ciudad, nuestro lujo, nuestra joya, nuestra riqueza, hoy el corazon y la cabeza de la República que todos respetaron. Rosas mismo, prefiriendo en 1851 una batalla campal, antes de encerrarse con su infanteria y artilleria dentro de ella, como se lo aconsejaba el mejor de sus generales; Urquiza en 1859 llegado sobre sus suburbios con un ejército vencedor, sacrificando la victoria fácil á su juicio antes de cargar con la responsabilidad de los desórdenes consiguientes

á un combate en las calles de la hermosa y populosa ciudad; Mitre sometiéndose en 1880 con numerosas fuerzas prefirió esa responsabilidad militar en la grandeza de su ánimo á la tremenda del saqueo, del incendio y de todos los desórdenes posibles en un gran centro de poblacion. Cuando los encargados de mantener el orden luchan como fieras en su recinto: Rosas, Urquiza, Mitre, salvaron incólumnes los respetos sagrados que merece á los argentinos la gran capital del Sud.

Sé que se ha aprovechado la trégua, despues del largo y reñido combate, para aglomerar fuerzas de uno y otra parte; todo ello en pura pérdida para la patria, cuya figura magestuosa velan las pasiones á los corazones extraviados para causar su ruina invocando empero su santo nombre.

Sabeis cuanto puede el valor argentino: todo se consumirá en el fragor de la lucha fratricida: nuestro ejército; lo mejor de nuestra bizarra oficialidad; nuestros mejores elementos con que contábamos para defensa del honor é integridad nacional; la sangre argentina correrá á torrentes y en el fuego ominioso de la lucha, se consumirá frenética nuestra brillante juventud, la parte principal de nuestro ejército, dividido por las fantásticas divergencias que sublevan el patriotismo de los héroes.

Colocad la victoria sobre cualesquiera de los combatientes y medita: el horror, la responsabilidad de las calamidades de la patria, manchado el laurel de la victoria; horrible laurel que no puede colocarse puro sobre la frente del vencedor y que ennegreceria la historia con la reprobacion de hechos improvisos y espontables.

He sido actor en todas las luchas recordadas en mas de cuarenta años de servicios á mi patria y jamás mi corazon ha sufrido tanto.

¡Que! durante la era constitucional iniciada en 1852 hemos retrogradado á las épocas embrionarias del año 20? *¿Quién vale tanto como las ruinas y calamidades que hoy se desencadenan sobre los mas vitales intereses y sobre la grandesa de la patria?*

Pero, basta, haria ofensa al corazon argentino de los jefes de la lucha.

Los propósitos de esta misiva han sido tambien manifestados á las autoridades nacionales que permiten su acceso al campo donde Vds. imperan.

Espero ansioso una respuesta; esta conmovirá el corazon dolorido de todo ciudadano honesto y que ame á su patria sobre todas las cosas en la tierra.

Vuestro conciudadano—*Benjamin Victorica.*

Presentóse en seguida á conferenciar con la junta revolucionaria los Sres. Benjamin Victorica, Ernesto Tornquist, Francisco Madero y Luis Saenz Peña, y durante la conferencia se produce un leve tiroteo entre las fuerzas del gobierno y los revolucionarios, motivado por el cambio de posicion de una parte de los primeros.

Prorógase la tregua hasta las cinco de la tarde, hora á la cual deberá verificarse una segunda conferencia.

Entre tanto el general Campos celebraba un consejo de guerra con los jefes y comandantes de cuerpo y en este consejo se llegaba á la conclusion de que las municiones existentes no permitian resistir al empuje de las fuerzas del gobierno ni intentar un ataque definitivo.

El general Campos dirigió entonces á la junta revolucionaria la nota que decidió el final de la lucha.

Fin de la Revolucion

Dan cuenta de las causas del convenio que puso termino al movimiento revolucionario, y del convenio mismo los documentos siguientes.

El jefe militar de las fuerzas revolucionarias Buenos Aires, Julio 28 de 1890—Al señor Presidente de la Junta Revolucionaria; Dr. Don Leandro N. Alem tengo el honor de dirigirme á V. E. cumpliendo los dictados de mi conciencia como soldado y como hombre honrado, comunicándole cual es nuestra situacion actual así como las municiones con que contamos para que V. E. y los demás miembros del gobierno puedan penetrarse de ella y resolver lo que en consecuencia mejor estime.

La fuerza de línea que nos ha acompañado en este movimiento tiene en sus cartucheras noventa tiros proximamente; los batallones formados por los ciudadanos de la Union Civica estan á cinco tiros y tenemos un deposito de municiones en el Parque de 50.000 capsulas cargadas.

V. E. mejor que yo, sabe los esfuerzos que se han hecho en el comercio de la plaza para conseguir municiones que desde el primer momento solicité con urgencia y cuan infructuosas han sido las gestiones hechas por las personas encargadas de dar cumplimiento á esta comision.

En esta situacion es mi opinion:

1º Que llevar un ataque sobre el enemigo seria un esfuerzo aventurado, porque aun cuando creo que lo desalojaríamos de sus posiciones en la plaza de la Libertad, allí se nos acabaria la municion, 2º que podríamos mantenernos á la defensiva y rechazar con éxito cualquier fuerza de ataque pero, en pocas horas

de combate récio se agotaria igualmente la municion.

Así pensando crei que era de urgente necesidad que los señores jefes y comandantes de cuerpo, fueran convocados á una junta de guerra, para hacerles conocer nuestra verdadera situacion y habiendo tenido lugar ésta declaró que no era posible hacer otra cosa que lo anteriormente indicado por mi, lo que cumple á mi deber comunicar á V. E. á fin de que proceda como crea conveniente.

En los diversos ataques que el enemigo nos ha traído, él ha sido victoriosamente rechazado en toda la línea por nuestras tropas, habiendo nosotros perdido en ellos el coronel Julio Campos, capitan Roldan, teniente Layera y dos oficiales cuyos nombres no recuerdo en este momento, varios oficiales heridos que incluidos á los de la tropa y ciudadanos hace un total de 180 heridos y 23 muertos.

Hemos recojido á mas 35 heridos y varios muertos del enemigo.

El espíritu de la tropa es de todo punto recomendable y basta á significarlo que durante los cuatro días trascurridos no hemos tenido un solo desertor, y respecto de los ciudadanos es de todos conocido la espontaneidad y decision con que se han presentado á tomar las armas, así como el valor con que se han batido.

Es pues urgente que la Junta Revolucionaria, penetrada en cuanto dejo espuesto, resuelva lo que crea conveniente.

Dios guarde á V. E.—(Firmado—*Manuel J. Campos.*)

AL PUEBLO DE LA REPÚBLICA

La nota del señor General Manuel Campos, gefe de las fuerzas revolucionarias, que se publica á continuacion, esplica las causas que

nos han obligado á aceptar la mediacion ofrecida por los señores doctores Luis Saenz Peña y Benjamin Victorica y señores Francisco B. Madero y Ernesto Tornquist. La escasa existencia de municiones que solo nos hubiera permitido prolongar por pocas horas el combate, solo nos habria dado por resultado nuevos derramamientos de sangre de soldados y ciudadanos sin ventaja alguna para el éxito de la causa revolucionaria.

La revolucion habia recibido informes que merecieron entera fé sobre la existencia necesaria de municiones en el Parque de Artilleria suficiente para favorecer el número inmenso de ciudadanos que debian concurrir á armarse, y á quienes fué imposible dotar de las municiones para llevar adelante la accion ofensiva y decisiva de la revolucion. En esta situacion, la Junta Revolucionaria hizo todos los esfuerzos posibles para conseguir las en la ciudad, pero esos esfuerzos han sido infructuosos. No se oculta á la Junta Revolucionaria la observacion que podria hacerse por haber pactado el dia 27 un armisticio que proporcionaria al poder oficial el medio de obtener elementos del interior, pero cumple su deber declarando que si ese armisticio se convino á si él tuvo por objeto el dar sepultura á sus muertos y á atender á la asistencia de los heridos, tuvo tambien como propósito culminante dar tiempo á aumentar la provision de municiones y á que llegasen los elementos populares de los pueblos inmediatos á la Capital que se le ofrecian á cada instante por ciudadanos respetables y decididos por la causa nacional.

La Junta Revolucionaria se abstiene de entrar en otras consideraciones dadas las condiciones del estado de sitio que le impiden ser más esplicitas y espera solo el momento de que esa situacion anormal desaparezca para ser públicos, con el desarrollo necesario, los infaustos

motivos que la han obligado á proceder en la forma que establecen las bases convenidas por la comision mediadora.

La Junta Revolucionaria al terminar este manifiesto cumple con el alto deber de manifestar su agradecimiento á los señores jefes y oficiales del ejército y armada así como á los nobles soldados, que asociándose á los numerosos ciudadanos argentinos que han concurrido con sus virtudes cívicas y su esfuerzo personal á la causa de la revolucion.—Buenos Aires, Julio 29 de 1890. Por la Junta Revolucionaria—Firmados: *L. N. Alem—A. del Valle—M. Demaria—M. Goyena—Juan José Romero—Lucio V. Lopez.*

El Coronel Garmendia

Buenos Aires, Julio 29 de 1890.—A S. E. el Sr. Ministro de la Guerra y Marina teniente general D. Nicolás Levalle.—Tengo el honor de dirigirme á V. E. dandole cuenta de lo ocurrido en los combates de los dias 26, 27 y 28.

En cumplimiento de las instrucciones y órdenes de V. E. tomé una compañía de 36 hombres del batallon 4 de infanteria de línea, al mando del capitan D. Manuel Porcel de Peralta y otra de 26 plazas del cuerpo de Bomberos al mando del capitan D. Edmundo Fossa, cuyas tropas unidas de algunos picos y barretas que deberian perforar las dos manzanas que nos separaban de la posicion que ocupaba el enemigo en la plaza del Parque, de manera que si la empresa se realizaba llegaríamos á dominar la misma plaza del Parque, donde estaba situada su artilleria que nos hacia bastante daño. Como se vé, este movimiento era una cuña que se introducía en el centro de las posiciones del adversario que en ese mo-

mento estaba prepotente y aumentaba por instantes sus fuerzas con numerosos contingentes populares.

Entre los oficiales que encontré al acaso y los pedí á V. E. fué el sargento mayor don José Sandalio Sosa, á quien le ordené procediera á perforar los fondos de la casa de inquilinato núm. 1184 de la calle Paraguay, que puede considerarse como punto de partida de estos trabajos.

A las 11 y media de la mañana conseguimos romper el muro del fondo de la primera casa saliendo en seguida á otra cuya puerta daba á la calle Libertad, núm. 861.

De la primera se pasó á la casa núm. 849, de la misma calle y en enseguida á la casa que ocupa la capilla y hospital frances, saliendo en seguida á la calle Córdoba por la casa núm. 1169 y se penetró á la manzana opuesta, por la casa núm. 1166.

El pasaje de esta calle, con el fin de evitar pérdidas de nuestra parte, se hizo á gran carrera y efectuando este camino peligroso, soldado por soldado, operacion que fué tan feliz, que solo produjo un herido en una pierna, á pesar del fuego lento del enemigo.

Tomada la primer casa Córdoba núm. 1169, avanzamos á perforar el fondo abriendo un boquete pasando á la casa núm. 773 de la calle Libertad y de allí al edificio alto del señor Rolon núm. 761.

Una vez en este edificio que enfrentaba al jardin de Miró, ordené la perforacion de la pared de la casa contigua y mientras tanto subí á la casa de alto que enfrenta al jardin del palacio de Miró y establecí un cantón en los salones y departamentos que mira á la calle, colocando los colchones y los muebles en los balcones y dos soldabos en cada uno de éstos, con la órden terminante de no hacer fuego hasta que no ordenase, pues, hubiera sido frus-

trar nuestra operacion si anticipadamente hubieramos hecho conocer nuestras intenciones á nuestros bravos adversarios.

La perforacion continuo hasta encontrar la casa calle Libertad n° 753. En este edificio pasamos á perforar la pared de la casa que ocupa el Señor Bengolea; calle Libertad n° . . . y recien despues de dos horas de trabajo, á causa de ser construido el muro de sólido material, se hizo la apertura del boquete, á eso de las 4 1/2 de la tarde ordenando entonces al mayor Sosa, que penetrase con una fuerza y ocupase la azotea del edificio.

Antes de realizar esta operacion, ordené como medida de precaucion, la exploracion de un gran sótano que existe en esta casa.

Una vez cerciorado, que no teniamos nada que temer por ese punto le ordené al mayor Sosa que hiciese desalojar á la bayoneta á la fuerza del adversario de la azotea del señor Carrié y tomar la posicion de ese punto, rompiendo sus fuegos sobre el palacio de Miró, cuyos bravos defensores habian tomado posesion de aquel punto y sostenian un fuego nutrido sobre la embocadura de la calle Libertad, en la plaza del mismo nombre y la torre de la capilla de los Padres Redentoristas y nuestros cantones de retaguardia.

Mientras que se hacian estos preparativos para llevar á cabo esta arriesgada operacion, habia hecho guardar todas las puertas de calle de las casas ocupadas por nuestras fuerzas y piquetes intermediarios garantian completamente la seguridad de nuestra retaguardia, constituyéndose al mismo tiempo en baluartes sucesivos de defensa.

El señor coronel Cherry que me acompañaba como amigo en esta empresa, fué solicitado por mí á tomar el mando del cañon de la casa del señor Rolon, lo que al momento fué aceptado con decision por parte de él y contento por la mía, al ver que las pequeñas fracciones que

iban á combatir bajo mis ordenes, eran dirigidas por viejos é inteligentes oficiales.

Ya todo pronto, di la órden del asalto al canton de la casa frente de por medio del palacio de Miró.

Los bravos soldados penetraron con el mayor sigilo hasta la azotea donde estaba posesionado el canton del adversario, mandado por el subteniente Ivurtia. Del choque resultó muerto ese joven oficial y un ciudadano y otros heridos que se vieron caer en la dispersion, teniendo por nuestra parte que lamentar la muerte del soldado Oviedo y la herida felizmente leve del bravo capitán Porcel de Peralta y la del soldado Eduardo Aguedo. Es de mi deber hacer resaltar aquí la conducta observada por el referido capitán, como la del sargento distinguido Don Bernardino Lopez, que le salvó la vida, matando al oficial contrario, en momentos que este le hacia fuego

Como la consigná dada á los demás cantones era de romper el fuego sobre el palacio de Miró, el canton de la casa del Sr. Rolon, lo dirigió repentinamente por sorpresa, sobre las fuerzas que ocupaban el jardin del palacio, produciendo algunas bajas en esos grupos, que inmediatamente reaccionando rompieron una mosqueteria infernal cuyos efectos pueden verse en el salon de recibo del Dr. Delgadillo y las piezas contiguas que habian servido de resguardo de nuestros bravos soldados.

Mientras tanto habia ya cumplido valientemente el mayor Sosa las instrucciones que yo le habia dado y como todo ha pasado á mi vista, puedo certificar las nobles aptitudes de este oficial.

Una vez en posesion del canton de la casa del Sr. Carrié, frente al palacio de Miró, se rompió el fuego sobre este, muriendo tambien, segun dicen, el oficial que lo mandaba, en momentos que me hacia un disparo con el revol-

ver y desalojándolo aparentemente la fuerza que lo guarnecía.

Conociendo la importancia de la posición conquistada y sabiendo de antemano que el tenaz adversario no permitiría que hubieramos tenido la audacia de sentar real en su mismo campo, constituyendo nuestra posición adquirida una amenaza constante, supuse que se prepararía á tomar la revancha y una revancha seria, pues disponia de los grandes elementos de destrucción con que cuenta nuestro material de guerra; entonces traté de barrer continuamente la plaza Parque con nuestro fuego y evité la aglomeración de fuerzas de la azotea, disponiéndose que toda la defensa se limitara á 22 hombres, incluso la reserva, que se encontraba en otra pequeña azotea, que sirve como de patio á unos cuartos de sirvientes.

El enemigo desalojado había descendido á la casa de la señora de Oromi, ocupando las piezas interiores, me limité entonces á una estricta vigilancia sobre él, para prevenir las fuerzas aisladas que en esta clase de guerra son las que mas daño hacen.

Habiendo sobrevenido la noche hice cesar el fuego y procedí á construir nuestros improvisados resguardos, con todo lo que encontramos á mano, de manera que, por todos lados quedaban cubiertos nuestros dispersos infantes.

Para completar las disposiciones de defensa del edificio el capitán Fossa con la compañía de bomberos fué encargado de la defensa interior y puerta principal de la casa.

El adversario que había empezado su preparativo de defensa, inició algunos trabajos para resguardar las piezas que dominaban las entradas de la plaza. Recibido este aviso por el mayor Sosa, le ordené que rompiera el fuego desmoralizador, el que hice cesar poco después de sentir que dominaba la plaza del Parque el mayor silencio.

Como preveía que al amanecer nos atacarían ordené al comandante Reyes, que con el resto de su batallón pasase á la manzana comprendida entre Viamonte y Córdoba, dejando un cantón y un piquete en la casa del frente número 1199.

Una vez el comandante Reyes en el punto que le había designado le ordené distribuyese su fuerza, de modo que además de guardar las puertas de las casas que iban á la calle, por donde nos podrían atacar, quedó una reserva general en la primera casa á la entrada de la manzana, en la casa del Sr. Rolon y en la del señor Kleen.

Esta fuerza quedaba á las órdenes del mayor Azopador, segundo jefe del batallón 4, debiendo acudir en caso necesario á cualquier punto amenazado.

Enterado el comandante Reyes de nuestra situación le ordené tomase posesión de la casa del señor Rolon y que esperase al día siguiente para ocupar las azoteas de los flancos de la referida casa, de donde podrían dirigir sus fuegos, contra un cantón enemigo, situado esquina Córdoba y Talcahuano, el cantón del palacio de Miró y una parte de la plaza del Parque.

A las 11 de la noche cumpliendo órdenes de V. E., que tenía el intento de que yo llamase la atención por este punto, para ocupar otras posiciones, rompí el fuego que por otra parte tenía el objeto de producir una alarma desmoralizadora y barrer la plaza del Parque, donde empezaba á ejecutarse algunas obras.

Como había previsto que el enemigo haría el blanco de sus fuegos en nuestra posición en cuanto viniera el día, cosa fácil de suponer, por las razones que he dado antes, ordené al sentir silencio en la plaza del Parque, que se diera algún descanso á la tropa, que en todo el día había tenido tan ruda tarea.

Durante la noche el enemigo nos hizo va-

rias descargas de ametralladoras, lo que no impidió que concluyésemos nuestros resguardos.

Apenas lució el alba del día 26, empezó el fuego con la mayor intensidad atacando nuestra posición con artillería y con un fuego vivo de fusilería que, á pesar de su crepitación incesante, no nos produjo baja alguna. El fuego duró con intermitencias hasta las 8 y 1/2 produciendo un gran derroche de municiones como es consiguiente, á pesar de exigir el fuego lento.

Mientras esto sucedía, ordenaba el mayor Medina que perforase los fondos de la caballeriza que dá á la calle Viamont, para de allí correrse hasta la esquina Viamont y Parque, que dominaba completamente esta plaza.

Ocupada ya esta posición, se levantó bandera de parlamento, saliendo entonces de la casa del señor Elizalde y otras cercanas 24 ciudadanos armados que habían pertenecido á la guarnición del cantón de la casa del Sr. Carrié, los que desarmados tuve el honor de enviar á V. E.

Como estábamos sobre la plaza del Parque se observó un gran movimiento en ella é iniciaron sus trabajos construyendo baterías con varias piezas de artillería, subiendo ametralladoras á diversas azoteas y reforzando algunos cantones y llevando al centro de la plaza al lado de la estatua del General Lavalle una pieza de sitio del calibre 22/c destinada á demoler nuestro cantón, operación que de antemano ya había sido prevista y tomadas las disposiciones del caso.

A las 11 a. m. el fuego fué iniciado por la artillería de la calle Lavalle y Libertad, batiendo por esta arma y ametralladoras, como se verá por el efecto producido en sus muros, el débil baluarte que tenía yo el honor de defender con mis nobles compañeros, pues en medio de ese fuego tremendo no hubo un ánimo que desfalleciese, manifestando una sere-

nidad y una entereza propia y digna de argentinos.

Todo el fuego enemigo de los cantones de la plaza de la casa de Miró, convergia sobre nuestra posicion, que respondia de las ventanas, de los balcones, de la azotea, sin ceder un palmo á la tempestad de plomo y hierro que nos envolvía.

Los fragmentos del muro que se destrozaba hirieron al subteniente Cáceres y Dr. Carrié y algunos soldados, pero felizmente, la mala punteria del adversario no produjo perdida alguna. El mejor testimonio de lo que espongo son las casas que hemos defendido, hechas pedazos por los proyectiles de nuestros adversarios, en donde solo se puede tomar una idea del fuego que ha resistido.

Algun tiempo despues cesó el fuego, notándose nuevo movimiento en la plaza y en la salida de tres piezas de artilleria del Parque en direccion á la calle de Tucuman. Amaneció el dia 28 y pudimos observar nuevos preparativos en las posiciones de los enemigos.

Hasta las 4 y 30 p. m. siguió sin alteracion alguna, hora en que se rompió el fuego con tanta intensidad como antes, cesando inmediatamente al toque respectivo.

Despues de esto no tengo nada mas que decir respecto al cumplimiento de las órdenes de V. E. y solo recomendar á su consideracion por su digna comportacion, en primera fila, á la brava tropa del 4 de linea, que en muchos momentos ha combatido sola y sin oficiales, como sucedió el primer dia en que estos no daban abasto por el diverso fraccionamiento de la fuerza. Al Sr. coronel Cherry que officiosamente en el dia 26 tomó el mando del canton de la casa del Sr. Rolon y se batió como un soldado. Al Sr. comandante Reyes á quien nombré 2º jefe y cumplió con pericia varias instrucciones y órdenes que le di, batiéndose en los cantones de las casas Sr. Rolon.

Al sargento mayor D. José Sandalio Sosa, que desde el primer día estuvo á mi lado y le confié el mando del canton de la casa de Carrié, habiendo secundado con su valor y su aptitud reconocida las órdenes que le impartia. Al sargento mayor D. Pedro Medina á quien le confié el mando de los cantones de la calle Viamont. Al mayor D. Francisco Vila, á quien confié el mando del canton de la casa de la señora Oromi, que batia en la plaza del Parque. Al capitán D. Manuel Porcel de Peralta que bizarramente asaltó el canton de la casa de Carrié, siendó herido y permaneciendo de pié peleando largo tiempo hasta que ordené que se retirase. Al capitán de G. N. don Nicanor G. Sosa que sirvió como ayudante.

Además de los oficiales que anteriormente he nombrado tambien debo recordar al capitán D. Roberto Capurro, al capitán de G. N. don Nicolás Sosa Esquivel, Capitán don José Benavidez, teniente José M. Berreto, herido en la cara el 27, el teniente Adolfo Peña del 4, teniente Angel Herrera de caballeria, teniente Vicente Villafañe, capitán D. Edmundo Fossa, teniente 1º Martin Rodriguez y sub-teniente Candelario Diaz, estos dos últimos pertenecen al Batallón Santa-Fé y prestaron servicios á las órdenes del Mayor Medina y el mayor Vila en los cantones de la calle Viamont, al sub-teniente Cáceres, sargento 2º distinguido don Bernardino Lopez, el que además de la entereza en la batalla como soldado, ha demostrado tener aptitudes para el mando, el teniente Agustin Cejas, que se presentó á última hora y muy especialmente al Dr. D. Romualdo M. Pizarro que desde el primer momento me acompañó como ayudante manifestando una serenidad en medio del fuego digno de un bravo soldado; tambien debo recomendar á la compañía de bomberos que ejecutó la perforacion de los muros y sirvió de reserva á las tropas que se batian.

Adjunto á V. V. los partes parciales de los gefes de canton, el croquis de las operaciones ejecutadas, la relacion de los soldados que se han batido incluso los muertos y heridos.

No concluiré este parte con una felicitacion que es de práctica, porque la sangre argentina derramada en esta lucha, solo tiene la gloria comun de ambos combates y el regocijo de estraños, pero es bueno que sepan que no hemos degenerado y que somos un pueblo de soldados, donde los niños se baten como hombres y los soldados como héroes.

Dios guarde á V. E.—*José Ignacio Garmendia.*

Palabras del Dr. Del Valle

Reunidos en la plaza Lavalle los soldados pertenecientes á los batallones insurrectos, el doctor del Valle pronunció la siguiente arenga:

«Soldados!

«Hace diez años que tomo parte en la vida política de nuestro país y he combatido siempre en la Cámara y en la prensa por la libertad.

«Vosotros, valerosos soldados, que habeis tomado parte en este movimiento revolucionario, habeis peleado heroicamente, como combate el soldado argentino.

«La gratitud del pueblo será eterna para vosotros.

«Cada soldado que caia herido ó muerto, era una herida para mi corazon, porque estando á las órdenes del Gobierno, os habeis unido voluntariamente al pueblo, para defender sus derechos.

«Nuestra victoria hace honor á los ciudadanos y soldados que han tomado parte en la contienda.

«La falta de municiones nos obliga á dejar las armas, ya que la direccion superior no podia permitir que vosotros y los voluntarios se hicieran matar sin poderse defender.

«Volved á vuestros cuarteles y recordad que lo primero que debe reinar en todo soldado, es el orden y la disciplina.

«Os doy mi palabra de honor que á nadie se hará daño alguno y en nombre del pueblo os doy gracias por la ayuda que le habeis prestado».

Las bases de la paz

Bases fijadas definitivamente por la comision mediadora autorizada por el Excelentísimo Sr. presidente de la República y aceptadas por la junta revolucionaria.

1º No se seguirá juicio ni procedimiento de ninguna especie contra los que hayan tomado parte en el movimiento revolucionario, militares ó civiles.

2º Los cuerpos de linea que hayan tomado parte en la revolucion serán conducidos por sus jefes y oficiales á sus respectivos alojamientos; quedando dichos cuerpos desde ese instante á las órdenes del gobierno.

3º Los jefes y oficiales y tropa de la armada quedan en igual condicion que el ejército de tierra. El jefe de cada buque hará entrega á la persona que designe al gobierno.

4º Los ciudadanos armados dejarán sus armas en el Parque y se disolverán pacíficamente.

5º Los cadetes volverán á ser admitidos en sus respectivas escuelas.

Buenos Aires, 29 de Julio de 1890.

Benjamin Victorica — Luis Saenz Peña — Francisco Madero — Ernesto Tornquist.

El comandante en jefe del ejército nacional A la Nación Argentina

Restos mortales de los que cayeron, en uno y otro lado, defendiendo altivos, sus convicciones: Os presento las armas, ungidas por la victoria.

Ejército Nacional!

Habéis salvado de la vergüenza y del descrédito el nombre inmaculado de nuestra Patria: recibid las bendiciones de todo un pueblo valiente, noble y trabajador, que os contempla con orgullo y me hace á vuestra imágen.

La sangre vertida en las jornadas del 26, 27, 28 y 29 no será estéril para el bienestar general; la palabra que os empeñé en el combate será mantenida hasta que los hechos la reemplacen, y la renueve solemnemente, á la faz de la Nación, que ha escuchado de pie, toda dolorida, el estampido del cañon.

Adversarios de ayer!

Volved tranquilos á vuestros hogares y decid á quien quiera oírlo, que os habéis batido como saben batirse siempre los argentinos, y que teneis el derecho de ser tratados con el cariño y la estimacion que inspiran los valientes.

Conciudadanos!

La causa mas grande del pueblo es la que levanta la idea de la Patria por encima de todas las consideraciones. Inspiraos en ese sentimiento; sed sinceros en vuestras protestas y leales á vuestros pactos. Bajo la metralla y la granada

hemos sufrido el fuego adverso, dominando todo lo que se mueve en el hombre cuando expone su vida, antes que romper la tregua concedida: tomad ejemplo.

Rodead al Presidente de la República, con vuestras simpatías: es el primero de los ciudadanos, y su palabra queda de hoy en adelante, ligada á la mía, sobre el campo de batalla, en presencia de la Nación armada.

Estrangeros!

Desearía poder llamaros hermanos en la labor y sacrificio, para pedirós que mireis esta segunda patria, como se mira una hermana preferida.

El comercio puede abrir sus puertas y el público transitar libremente: el ejército y la gendarmería velarán hasta que se olvide lo pasado.

Pueblo heróico de Buenos Aires!

Vuestra tranquilidad en medio de la lucha es digna de elogios; habeis demostrado una vez mas, la fortaleza de vuestro ánimo, soportando con estoicismo el bombardeo inútil y criminal y los perjuicios de la lucha.

Soldados de línea y de la Guardia Nacional!

Os confundo á todos en un estrecho abrazo, porque sois igualmente venerables servidores de la Patria. Admiro vuestra bravura; me enorgullece tanta lealtad; y, cuando en medio de una ciudad rica y populosa, habeis permanecido *tres dias sin comer y sin dormir*, no encuentro héroes con quien compararos.

Pueblo de la República!

Sirva esta dolorosa prueba de leccion á los exaltados que, sin reflexion madura, toman las armas para discutir al Gobierno Federal el dere-

cho de la fuerza y la fuerza del derecho. Dias mas y doscientos mil guardias nacionales, movidos por un solo sentimiento, habrian acudido, de un extremo al otro de la República, para sostener la Constitucion.

Sub-oficiales, cabos, distinguidos y soldados que en las filas de la revolucion habeis hecho fuego inconscientemente, contra la bandera de la Patria: quedais indultados y podeis volver al ejército.

Vuestro camarada y amigo,

NICOLAS LEVALLE.

Plaza de la Libertad, Julio 30 de 1890.

Hidalguia

Uno de los caracteres de la lucha que ha terminado, dejando huellas tan profundas en el corazon de la sociedad, ha sido sin duda alguna la generosidad nativa de los argentinos. La guerra no ha ido mas allá de su objeto, de una y otra parte. Ni los revolucionarios ni los del Gobierno han olvidado que todos eran hijos de una misma patria, divididos fatalmente en sangriento duelo.

Fuera de los estragos y del estruendo de los combates, la lucha á pasado silenciosamente. Las fuerzas desfilaban por las calles en completo órden. No hemos oido esos alaridos salvajes del rencor y de la venganza que tuvieron su época sombría.

Cuando las armas se han abatido, todos se han reconocido hermanos. Los vencedores han honrado á los vencidos. Una bandera ha podido ampararlos á todos.

Nunca resalta mas la cultura y la generosidad de un pueblo que en esas horas de verdadera prueba de la civilizacion y el patriotismo. La victoria es la obra del azar muchas veces;

nada hay tan grande como la hidalgia y la clemencia del vencedor.

En las circunstancias extraordinarias por que ha pasado la capital en los cuatro días últimos, ha podido tomarse nota de un detalle característico de nuestra civilización.

Presindiendo de los peligros á que los combates esponian á los transeúntes que se arriesgaban á salir á la calle, la ciudad desamparada de policías, ha podido ser cruzada de un extremo á otro sin temor de esos accidentes que son tan generales en los centros de población.

Apenas habia un momento de tregua, las calles se llenaban de curiosos; se reunian en grandes grupos y se aproximaban á los barrios mas peligrosos. Aun los mismos combates tenian sus espectadores á quienes arrastraba el vértigo de la curiosidad.

Algunos fueron victimas de su imprudencia. Todo eso, sin embargo, sirva para demostrar el carácter humano que ha tenido la sangrienta y dolorosa contienda por la que acabamos de pasar.

La revolución ha pasado como un huracán de sangre, conmovido á la Sociedad en sus fundamentos.

La Capital de la República Argentina, tranquila desde 1880, ha vuelto á ser el teatro de una lucha cruel, que ha dejado en corazón de la patria, heridas profundas que solo el tiempo podrá cicatrizar.

De nuevo se ha roto la tradición pacífica de que ya se jactaba ante el mundo la Nación, por el hecho de haber transcurrido una década bajo el régimen de las instituciones en su nombre.

Sangre generosa ha enrojecido el suelo nuevos y cruentos sacrificios en holocausto de una deidad que se aleja estragos materiales y morales; eso es lo que queda.

Refleccionemos un momento sobre las ruinas. Lo que ha sucedido no puede considerarse

como un acontecimiento fortuito, imprevisto é inevitable.

Tienen su historia y su lógica en el espíritu y en las pasiones humanas.

Los que observamos, atenta é imparcialmente los fenómenos políticos de la época, advertiamos el peligro de la tempestad revolucionario como se prevé el desencadenamiento de las fuerzas físicas de la naturaleza.

Si este peligro pasaba desapercibido para el Gobierno, es porque generalmente los gobiernos descansan en la conciencia de su fuerza.

A veces son los últimos en darse cuenta de las conspiraciones revolucionarias, y ya se ha visto mas de un caso en que solo han despertado de su indiferencia al estallar, la mina bajo sus plantas.

Ante los resultados de la lucha, hagamos honor á los vencidos y los vencedores. Unos y otros han defendido su causa, y han creído hacer el bien.

Al sacrificio de los primeros, ha sucedido la clemencia de los últimos. Cerremos esa página dolorosa de la vida nacional.

Pero antes, arrancaremos la lección moral que brota de los acontecimientos.

El poder es una grande institución pero necesita que lo guie el espíritu público. El triunfo del Gobierno será mas fecundo si su acción se inspira, hoy mas que nunca, en las nobles tendencias del pueblo y satisface las exigencias legítimas de la opinión.

Vencida la revolución en el terreno de los hechos, resta vencerla en el de las ideas y en el de la moral.

Deseamos al Gobierno ese doble triunfo.

El consumo

Los artículos de primera necesidad se han vendido en los días de la revolución á precios fabulosos, y así mismo, los habitantes de la ciudad se los disputaban, en el temor de no obtenerlos á precio alguno.

Por dos kilos de carne se ha pagado hasta diez pesos en algunas carnicerías. Una docena de huevos valía dos y tres pesos. Una gallina cinco y seis pesos.

Los tambos estaban cerrados. Los lecheros transitaban á pié con tarros de leche que vendían á cuarenta y cincuenta centavos la cuarta hasta el día último.

—Es pura la leche? No tiene composición? se le preguntó á uno de ellos.

—No tiene mas que agua, contestó un lechero de conciencia.

Las panaderías, donde se trabajaba activamente, eran una romería en las horas en que cesaba el fuego de los belijerantes.

En los almacenes se ponía la ley á los consumidores. Los artículos se obtenían trabajosamente á décuplo de su valor, en algunas partes.

La renuncia del Presidente M. Juárez Celman

Dr. Carlos Pellegrini,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

REGOCIJO PÚBLICO — CONCLUSION

Parece cosa averiguada que la primera persona que indicó al presidente Juárez la necesidad de que renunciara su puesto, fué el vice-presidente Pellegrini.

El general Roca habló luego al presidente en idéntico sentido.

Buenos Aires, agosto 6 de 1890.

AL HONORABLE CONGRESO NACIONAL.

He desempeñado durante cuatro años el cargo de presidente de la república con lealtad y patriotismo.

Habia consagrado todo mi espíritu y todo mi anhelo á mejorar la difícil situación financiera porque atraviesa el país, inspirándome en los mas elevados sentimientos de bienestar comun y escuchando el consejo de los primeros hombres de la nacion, cuando un motin de cuartel ha ensangrentado las calles de la capital y llenado de dolor al pueblo argentino, que descansaba tranquilo en la seguridad de sus altos destinos, creyendo que habia proscrito para siempre de su historia estos medios criminales de realizar evoluciones políticas y satisfacer ambiciones de circulo ó partido.

El motin ha sido vencido, y una amnistía general y absoluta ha amparado en el olvido á sus autores, y para sellar mas eficazmente mis sinceros propósitos de fraternidad nacional y afirmar mi política impersonal de generosa tolerancia y amplia

libertad, he invitado á los ~~hombres~~ respectables y representantes ~~de~~ parte del gobierno, buscando el concurso de sus talentos, de su experiencia y de su patriotismo.

Mis nobles esfuerzos han sido inútiles.

La república tiene grandes compromisos de honor que cumplir en el exterior, y en el interior una obra inteligente y laboriosa de administracion y de política que no se puede retardar.

Dejo á otros la tarea confiando en que serán mas felices que yo y presento á V. H. la renuncia del cargo de presidente de la nacion, haciendo con satisfaccion el sacrificio de mi persona al inspirarme en los grandes intereses del país.

No es el momento de discutir los actos de mi gobierno, pero por mi parte descanso seguro en la justicia de los hombres cuando se hayan apagado las pasiones encendidas y se pueda juzgarme con ánimo tranquilo y levantado.

Dios guarde á V. H.

M. JUAREZ CELMAN.

El congreso argentino, reunido en asamblea general, resuelve:

Art. 1º Aceptar la renuncia interpuesta por el Dr. D. Miguel Juarez Celman del cargo de presidente de la república.

Art. 2º Désele las gracias por los importantes servicios prestados al país en el desempeño de dicho cargo, y comuníquese.

—

El pueblo de la capital, nacional y extranjero, desde el momento en que el Congreso aceptó la renuncia del doctor Juarez Celman, se ha entregado á las mas entusiastas manifestaciones de júbilo, sin ejemplo en nuestra historia, festejando no solo la caída de aquel hombre sinó tambien la era de redencion que parece se inaugura.

Todos los habitantes de Buenos Aires, excepto uno, ricos y pobres, grandes y chicos, nacionales y extranjeros, todos se han lanzado á las calles al grito de ¡viva la patria! grito que conmueve el alma y que hace morir con la sonrisa en los lábios.

La mujer, con sus encantos, con su entusiasmo delirante, se ha unido á estos festejos y durante estos se la ha visto arrojando flo-

res desde los balcones ó con sus carruages adornados pasear por nuestras calles uniendo sus aplausos y sus vivas.

La ciudad toda entera, desde la casa del rico propietario hasta la vivienda del jornalero, ha sido embanderada y en todos se han quemado cohetes y bombas, en medio de músicas alegres y vivas entusiastas.

Es imposible, será pálido cuanto se escriba describiendo á Buenos Aires en estos dias, en que celebra la aurora de su redencion política.

FIN

CASA EDITORA
LUIS MAUCCI y Cia.

IMPRESA, ENCUADERNACION, LIBRERIA Y PAPELERIA
1276-Calle Gral. Lavalle-1276
BUENOS AIRES

La novela ha llegado á ser la más humana, y por lo tanto la mas universal forma del arte bajo su aspecto literario. Última en el orden cronológico; se ha colocado al frente de las demás, y marcando el progreso de los pueblos modernos, revela al mismo tiempo su madurez y su cultura. Victor Hugo ha dicho que en una gota de agua cabe el Océano. En la novela cabe el mundo entero, y lo que es más grande que el mundo, la conciencia humana. La verdad, la realidad, pero realidad y verdad artisticas, la vida tal cual es cuando se piensa, cuando se siente, cuando se sufre, cuando se goza; en una palabra, cuando funciona el alma, no cuando la materia solo ofrece interés al químico ó al médico; este es el cuadro que buscan con avidéz los lectores ilustrados de los tiempos actuales,

La Biblioteca Romántica Hispano-Americana, al formar una colección con las creaciones de este género que produzcan los novelistas contemporáneos nacionales y extranjeros, se propone atender á esta justa exigencia del progreso moderno.

La Biblioteca Romántica Hispano-Americana ofrecerá al público en elegantes tomos de 250 á 350 páginas ilustrados con preciosas láminas y tapas de color, las novelas de los más afamados escritores contemporáneos, como ser: *X. de Montepin, A. Belot, J. Ohnet, A. Dumas, O. Feuillet, E. Zola, J. Verne, A. Daudet, etc. etc* á un precio baratísimo.

La Biblioteca Romántica Hispano-Americana publicará un tomo todas las semanas, en Buenos Aires, guiandola, para proceder así, más que la idea del lucro, la de dificultar en lo posible la importacion extranjera, favoreciendo de este modo la Industria Nacional.

La Biblioteca Romántica Hispano-Americana, es la única publicacion de este género hecha con esmero, que salga á luz en la República Argentina, y no debe confundírsela con otras semejantes que nos vienen del extranjero.



Se han publicado las obras siguientes:

- Belot A.**—*Loca de amor*, novela ilustrada 1 tomo \$ 1
La Culebra, continuacion y fin de la
Loca de Amor, novela ilustrada, 1
tomo 1
- Montépin X. de.**—*Tragedias de Amor*, novela
ilustrada, 1 tomo 1
Los Crimenes del Amor novela ilus-
trada, 1 tomo 1
La Sirena, novela ilustrada, 1 tomo 1
Una Pasion, novela ilustrada, 1 tomo 1
La Gitana, novela ilustrada, 1 tomo 1
Los Amores de Olivier, continuacion
y fin de la *Gitana*, novela ilustrada,
1 tomo 1
- Le Prince.**—*La Mano del Muerto*, continuacion
y fin del *Conde Monte Cristo*, novela
ilustrada, 1 tomo 1.50
- Ohnet J.**—*Sergio Panine*, novela, 1 tomo 1
El Doctor Rameau, novela, 1 tomo 1
La Condesa Sara, novela, 1 tomo 1
- Verne J.**—*La Vuelta del Mundo en ochenta dias*,
novela ilustrada, 1 tomo 1
-